



historia de una indocumentada

travesía en el desierto de Sonora-Arizona

Ilka Oliva Corado

 [ediciones]
dyskolo

Historia de una indocumentada

Travesía en el desierto de Sonora-Arizona

Ilka Oliva Corado

*inmigrante indocumentada con maestría en
discriminación y racismo*

Historia de una indocumentada
Travesía en el desierto de Sonora-Arizona

Ilka Oliva Corado



1ª Edición, julio 2014.

Foto de portada: desierto Sonora-Arizona

Esta obra está bajo una licencia

[Creative Commons Attribution-NonCommercialNoDerivatives 4.0](#)

Identificador Safe Creative: [1407051385381](#)

El libro de Ilka está publicado por Amazon. Se puede comprar en este enlace.

https://www.amazon.com/gp/aw/d/1500752606/ref=mp_s_a_1_1?ie=UTF8&qid=1489236611&sr=8-1&pi=AC_SX236_SY340_QL65&keywords=ilka+oliva+corado

Ilka va a destinar los ingresos que produzca la venta del libro a la construcción de una biblioteca en su pueblo natal. Si compran el libro en papel están apoyando a Ilka a hacer una diferencia por los niños y jóvenes de este pueblo de Guatemala

<https://enmilente.wordpress.com/2013/01/04/biblioteca-en-comapa-jutiapa/>

Prefacio

Leer a Ilka es pararse en el umbral de una puerta y ser, de pronto, absorbido por una vorágine de palabras que desembocan en multitud de sentimientos de los que no hay regreso, porque una vez que se la ha leído, no puede uno ignorarla.

La conocí, mejor dicho, nos conocimos de una forma *sui generis*, aunque pienso que al igual se dan miles de encuentros en este mundo, cada uno con sus propias características. Sucedió que dejé una tarea a mis estudiantes y ellas en su búsqueda virtual la contactaron y me pasaron información de su blog. Al principio creí que era europea, pero cuando vi su fotografía, no supe dónde ubicar su origen. Grande fue mi sorpresa al saber que es mi paisana, y no solo por el país, sino por la región, y porque su familia paterna es del lugar donde nació.

En esta ocasión, me toca hablar de su obra, de su *Travesía*, que dio inicio hace poco más de 10 años, cuando soltó amarras y se lanzó a la aventura de viajar al norte. Un viaje que muchos han emprendido, pero que ella nos deja conocer con sus pormenores. *Travesía* está dividida en once capítulos, o secciones, o progresos, o avances. Cada momento de su viaje va dejando en el lector un ansia de continuar la lectura al siguiente. No faltará quién la tache de exagerada, aduciendo que su historia no puede ser verdadera, que aburre con lo mismo de los migrantes, que seguramente quiere sentirse protagonista, o más. Sin embargo, ¿quién no es protagonista de su propia vida?

Ilka, que según dicen es la forma holandesa y húngara de Elena, se levanta un día y deja su vida en Guatemala y con ella las tradiciones que eran costumbre en su familia. Desde poner la jarra para el café, hasta la despedida en el aeropuerto, rumbo a México, nos deja la narración del primer capítulo. En el segundo, la vemos llegando a la Ciudad de México, donde la esperaba un “amorosa tía” que la introduce en los intrínquilis del tráfico de personas indocumentadas. Mientras viajaba en el avión recibió una invitación, aunque no oficial ni formal, que muchos árbitros han deseado, conocer las instalaciones de la Federación Mexicana de Fútbol.

Pero no, su travesía la llevaba a una población pequeña en el estado de Morelos donde aprendería que podía fácilmente pasar por Veracruzana.

Los capítulos tres, cuatro y cinco nos llevan hasta Agua Prieta, Sonora, poblado que limita con el pueblo de Douglas, Arizona. Allí, estas dos ciudades comparten la *línea*, ese límite maldito donde han quedado muertas miles de personas que intentaron pasar *al otro lado*. Allí Ilka vivió en carne propia el horror de la frontera, violaciones, drogas, traición... Allí la conocemos con otro nombre, Chilipuca, la de la suerte, que hasta hoy la sigue acompañando. Lo que nos relata es imposible repetirlo, porque ni quién lo ha vivido quiere recordarlo, por eso enmudece y muere por dentro, apagando esa luz interna que muchas veces nos salva del cinismo. Es increíble cómo estando tan cerca de los Estados Unidos, sea tan tortuoso el paso, saltando cercos, dejando la piel y la carne en los alambres que separan dos países, en una frontera inhumana, bautizada con sangre y fuego.

Dos piedras de amuleto y un guía adolescente nos presenta en el capítulo seis. Ya está en Arizona y allí vuelve a asomar la Ilka indómita, que con el instinto de su niñez rodeada de naturaleza, consigue sortear los kilómetros de desierto que ahora debe atravesar. No va sola, es un grupo, pero el que se rezaga se queda, entonces es una romería de soledades.

El capítulo siete y también el ocho parecen sacados de un videojuego, de esos que ahora disfrutan los niños y los jóvenes en sus teléfonos celulares, computadoras, tabletas o en pantallas planas extra grandes. Son juegos de cacerías. En ellos el protagonista o jugador va disparando y matando a sus "enemigos". Un artículo publicado en la revista *PsychologyToday* comenta que el auge de estos juegos está en que le da la oportunidad al jugador de adoptar secciones de la identidad del protagonista permitiéndole un atisbo de la vida que le gustaría secretamente vivir. Sin embargo, nos previene, esto va más allá de un escapismo, los jugadores no están escapando de algo, están escapando hacia algo. Por ello, el relato de Ilka es una muestra de la barbarie a la que puede llegar la gente que se siente poderosa con un arma en la mano, o a la que el poder estatal le permite el abusar de los indefensos. Estos capítulos me crisparon los nervios y me hicieron sentir terror, angustia, dolor y deseos de gritar por los inocentes que siguen quedando en esa frontera de la muerte.

Pareciera que el desenlace de esta travesía está cerca cuando leemos los capítulos nueve y diez, pero no, falta mucho más, porque Ilka sigue escribiendo desde la pequeña esquina que organizó como oficina en el

apartamento donde vive actualmente. En su travesía, el grupo con que viajaba se perdió en el desierto. Heridos, con golpes y laceraciones en el cuerpo, no dejaron de caminar, lo que los llevó casi hasta Tucson y los alejó de Douglas. Fueron valientes, porque ver morir a alguien no es de juegos. La sangre tiene un olor característico que se pega en la memoria, los gritos y los disparos también. Son los demonios que luego provocan insomnios y alteraciones psicológicas que no se tratan porque no salen a la superficie. ¿Quién sabe qué dirían Freud, Jung, Rogers y otros tantos si oyeran a los migrantes, y si estos últimos se atrevieran a contar lo que vivieron?

Termino mi intervención comentando el capítulo once, el final de la travesía que termina un once de noviembre de 2003. Para muchos, esta fecha podrá pasar como cualquier otro día de los 364 que le restan al calendario. Sin embargo, para Ilka, fue el reencuentro con su hermanamamá, y para mí, es el día en que mi padre celebra su cumpleaños.

Esta travesía fue tan real como lo es Ilka, humana, franca, sensible, pero sobre todo, un grito sonoro al sufrimiento de los migrantes. Que se callen los que nunca han recibido un dólar sudado por quienes trabajan en las sombras de la migración.

Priscila Casasola Vargas, Zacapa, junio de 2014.

Prólogo

Inmensa es la distancia entre la imaginación y la realidad. Ilka Oliva lo descubrió en sus andares y recibió el golpe de los verdaderos peligros y las auténticas humillaciones; no aquellas imágenes creadas en nuestra mente, a las cuales sin querer les ponemos un freno naturalmente gatillado por el instinto de conservación, sino las que dejan sabor a derrota y una enorme frustración.

He observado de cerca el desarrollo de este libro y debo decir que, si me sorprende la audacia de la autora para relatar episodios tan dolorosos y extremos, me sorprende aún más su voluntad de continuar esta exploración íntima y compleja de las consecuencias de su tremenda aventura.

Quizás por eso aquí no hay poesía. Porque, contrario a la sublimación, aquí se trata de un reportaje, un diario de viaje cuya única nota de romanticismo –si es que lo hayestá en la solidaridad entre seres humanos unidos en una situación extrema de riesgo. El lazo entre individuos cuya hazaña máxima ha sido haber dejado atrás el pasado y quienes, pese a ello, saben bien que ese pasado será el único punto de referencia que los vincule con su propia identidad.

Ilka Oliva no tuvo esa infancia feliz ni esa adolescencia despreocupada que le hubieran puesto un sello literario a estos textos. La suya estuvo enmarcada en las costumbres y usos de una sociedad machista y misógina, en donde la violencia contra la niñez y muy especialmente contra las niñas, es un estilo de vida. Por lo tanto, Ilka recibió las palizas correspondientes y creció con el estigma de su sexo y de su pobreza.

Ruda y envalentonada, emprendió una ruta inusual para buscar su realización. Y entonces, enseñó educación física y arbitró partidos de fútbol luciendo las camisolas oficiales, hasta que le hicieron entender lo inútil de sus esfuerzos por romper paradigmas y abrirse paso en un mundo de hombres. La frustración es un motor poderoso y propicia las decisiones más arriesgadas: así Ilka partió hacia el norte.

La historia que nos cuenta Ilka Bonette Oliva Corado en las siguientes páginas es la de millones de seres humanos que buscan un destino mejor lejos de su tierra. Migrantes, indocumentados, aliens, intrusos, espaldas mojadas... Muchos son los apelativos con los cuales la intolerancia los pretende etiquetar, sin mayor motivo que los intereses económicos y sociales de los gobiernos en los países de llegada.

Porque ¿cuál es el delito de buscar para sí y su familia un destino mejor? Dispuestos a trabajar en las tareas más duras y en un ambiente de abuso y humillaciones, estos ciudadanos aportan un enorme valor con sus remesas y su voluntad de alcanzar sus sueños.

Ilka no es más que una entre todos ellos, pero una que se atrevió a denunciarlo, que tuvo los arrestos de poner en estas páginas los episodios que guardó, quizá, durante años escondidos en lo más oscuro de su memoria. El hecho de haberse hecho pública en estas semanas la situación de miles de niñas, niños y adolescentes que cruzan la frontera para reunirse con sus padres o escapar de ellos -o de la extrema pobreza en la cual sobreviven-, es una coincidencia que da una enorme validez a este libro.

No son historias de horror, el negocio de la trata está ahí, patente y desarrollándose como el más legítimo de los negocios y ante la vista y complacencia de las autoridades. El contrabando, el narcotráfico y las extorsiones han alcanzado extremos tales que la población, simplemente, huye. Pero esto no es novedoso porque sucede desde hace mucho, lo nuevo es la denuncia de los detalles escabrosos de este tráfico demencial.

Los detalles de este libro demuestran que los sistemas y estructuras erigidos en torno a la migración ilegal por la frontera sur de Estados Unidos tiene todas las características de operativos clandestinos, solo que en este caso realizados bajo una fachada de legalidad y en función del resguardo fronterizo. Sin embargo, se trata de auténticas cacerías teñidas del más extremo racismo y en ella se perpetran violaciones y asesinatos que jamás serán investigados.

El libro que tienen en sus manos es una obra de valentía, un relato poderoso por su valor testimonial y por dejar al descubierto no solo los detalles de un trayecto lleno de peligros, sino también las más íntimas experiencias de la autora. Pero, además, es la excelente descripción de hechos y situaciones escritos por una mujer que se lanzó sin paracaídas a hacer literatura. El talento natural de Ilka nos deja con la certeza de que si continúa en su labor literaria podría alcanzar nuevas alturas. Esa es mi predicción y espero que lo logre.

Carolina Vásquez Araya. Guatemala, 18 de julio de 2014.

***Para los inmigrantes indocumentados que murieron en el intento,
para los que sobreviven a las fronteras de la muerte, para los que
emigrarán.***

Capítulo 1

Suena la alarma del reloj despertador, son las cinco en punto de la mañana del veintisiete de octubre del año dos mil tres. Debo salir de las tibias sábanas y buscar el agua fría de la regadera: la diáspora aguarda por mí no debo hacerla esperar. No he dormido una gota, la noche se fue en vela, contando los segundos, escuchando el viento frío soplar entre las rendijas de la ventana de la habitación, he dado más de cien vueltas en el mismo cuadro de piso estirando y encogiendo el dolor, tratando de engañarme fingiendo que no me duele partir, escondiendo el miedo a lo desconocido, tratando de guardar en mi memoria cada centímetro de la casa, sus fotografías colgadas en cuadros sobre las paredes de la sala, los libros que con sacrificio compré, el camino que conduce hacia Ciudad Peronia, las varitas de San José del jardín, mi taza favorita, los ocasos color flor de fuego en octubre, el clavel rojo floreado en casa de nía Juana.

Tragándome las ganas de llorar, abrir la puerta y buscar en la otra habitación el calor del regazo de mi madre, acostarme junto a ella y no perder ningún instante de sus respiraciones cansadas de su pulso sosegado, quiero proteger las tardes de vuelos de barriletes con mi padre, bañar nuevamente a los cumes en la bañera plástica en el patio de tierra, con el agua tibia calentada con el sol del mediodía.

Quiero empaquetar todo, hasta el más mínimo recuerdo y llevarlo conmigo como única maleta de viaje. Un frasquito con la niebla de las mañanas de agosto, la sonrisa de mi madre cuando su jardín está en flor, las manos de mi padre tejiendo su atarraya, mi hermano intentando aprender a jugar trompo conmigo, la cume acariciando a las cabritas y perdiéndoles el miedo.

Una vuelta y otra vuelta sobre el mismo cuadro de piso de la casa rentada. Tiendo la cama y la vuelvo a desarreglar, me acuesto y clavo la mirada sobre el techo de terraza, camino hacia la ventana y veo el bulevar solitario, los cipreses del arriate negros de tanto humo de automóvil, la alborada está lejos de asomar. ¿Cuánto tiempo falta para abordar ese avión? No, no quiero contar las horas.

No quiero pensar en que mi cuerpo puede ser uno de los miles que nunca regresan, que desaparecen entre las fauces de la frontera de la muerte. Sin embargo nía Tiba lleva un mes haciéndome limpias de agua de siete montes y de rosas rojas que deja durante una semana postradas a los pies de una de sus tantas vírgenes, le fuma el puro a Maximón y reza tantas oraciones en jerigonza que nunca termino por entender una sola palabra, por orden de mi mamá que dice que nía Tiba tiene mano santa y que tiene una conexión directa con el Dios de los milagros, me he negado pero de nada me sirve entre las dos me llevan arrastrada a su consultorio médico, he optado por no oponerme para no malograr el ambiente de los últimos días de mi estadía en mi pedacito de tierra. Asisto puntual a las cinco de la tarde tres veces por semana y llevo a mi casa la encomienda de pétalos de rosas ya benditos por la virgen y hago té con canela que bebo antes de dormir, mi madre me observa complacida dice que tal vez con eso dejo de ser tan endemoniada y viajo con menos equipaje dejando en tierra propia mi carácter infernal y lo atrabancada.

Suena la alarma del reloj despertador, mi aliento es de chicha, la noche anterior compartí dos litros de cerveza con mi madre las dos solitas en la sala de la casa, sentadas en las sillas del comedor que nunca usamos porque nunca comemos en familia todos juntos, aún tienen el nailon con el que venían empacadas y ya hace tres años que lo compramos. Por la vida, brindó una. Por los recuerdos, brindó la otra. Cada brindis seguido de largos silencios. Al filo de la media noche nos fuimos a dormir o a intentar hacerlo pero ninguna lo consiguió y ninguna se atrevió a ir a la habitación de la otra para buscar el abrazo. En mi cama duerme la cuma, ella es la única que está extraviada en los canales del sueño profundo. La observo y la recuerdo recién nacida, luego a la edad de tres años corriendo a esconderse de las cabritas porque les tenía miedo, la recuerdo en sexto de primaria, en su primera regla ya entrando a la adolescencia. Duerme profundamente y no quiero arrebatarle el descanso.

Busco la regadera y mojo mi cuerpo con el agua fría que baja de la cisterna que está sobre la terraza. Lavo mi cabello largo y murusho con paciencia, lo hago con jabón de aceituno traído desde mi pueblo natal, ¿cuándo volveré a ver uno nuevamente? Pienso mientras lo desanudo de mis colochos, cierro los ojos y dejo caer nuevamente el agua fría y dejo que sea ésta la que acaricie mi piel. Salgo y busco la cocina y la jarilla, pongo agua a hervir para el café.

La muda de ropa ya la tengo lista desde la noche anterior: un pants negro, calcetas blancas, tenis y una playera. Está pactado con la

coyotaque me espera en México que viaje vestida así no como la habitual centroamericana rasa que va directo a empotrarse con los muros de las fronteras del norte del continente. Mientras el agua hierve reviso en el maletín deportivo si todo está en orden, llevo cinco mudas de ropa todas deportivas, salvo un pantalón de lona y una blusa.

Ya estoy tomando café en el comedor cuando mi madre y mi hermana se levantan para alistarse, mi padre y mi hermano no están en casa, mi hermana mayor es la que me espera en Estados Unidos.

Tomamos el desayuno juntas: una taza de café y dos panes de manteca. Mi novio llega temprano y también comparte el desayuno, sube el maletín al baúl del automóvil y mientras yo me despido de las imágenes que cuentan historias que están guindadas en cuadros sobre las paredes de la sala, acaricio mis libros de la universidad y beso los pétalos de los rocíos y las hojas de las plantas de tomates mandarina, cierro la baranda del jardín y veo por última vez las varitas de San José color pitaya, las pascuas ya en flor y las piedras volcánicas traídas desde la laguna de Calderas. Subo al automóvil y nos dirigimos hacia el aeropuerto.

Tomé la decisión de no querer a nadie de la familia despidiéndome en el aeropuerto, se lo prohibí rotundamente. A mi madre y a la cume también pero con ellas no pude juntas son un huracán y tuve que aceptar que me acompañaran.

Llegamos, entrego mi maleta que pasa perfecto como bolsa de mano y comienzo a llenar la papelería, anuncian que en una hora despegará en vuelo de Mexicana de Aviación con destino al Distrito Federal.

Los minutos a veces parecen segundos en otros eternos días, está ahí la zozobra de la despedida y de los nuevos caminos por recorrer. El abrazo que puede ser para nunca jamás y el que siempre estará esperando el reencuentro. Las miradas que hablan entre sí mismas, los suspiros que de pronto dejan de guardar silencio, los rostros desencajados y la agonía del tiempo que trascurre.

Por el alta voces anuncian la primera llamada para pasar abordar el avión, veo a mi madre con su rostro enrojecido, con sus labios carnosos que tiemblan, leo sus manos inquietas que anudan sus dedos desesperados, la cume ya está llorando, tiene la mirada clavada en el piso, mi novio trata de darme valor, está sentado en la esquina de la banca a un costado de mi madre.

Esperamos por la tercera llamada, para mientras camino hacia las ventanas de vidrio que dejan ver la pista y veo el avión estacionado, el

cielo entre azul y encapotado, las nubes juntas por montoncitos como los tomates y los güicoyes que venden por medida en la Terminal, están abrazadas algunas y otras solitarias, lejanas, distantes.

Avisan entonces la tercera llamada me levanto, cruzo mi maletín sobre mi hombro y abrazo a la cume de la casa, le digo que no sé si la volveré a ver, si el abrazo pueda un día unirnos de nuevo, que trate de dar lo mejor de ella misma siempre en todo sin importar la circunstancia, la voz se me quiebra y no puedo seguir, ella dice que me ama y me abraza con la fuerza de una ola en reventazón de mar despierto.

Mi madre me mira con sus ojos llenos de agua y sus mejillas rojas, acaricio sus cabellos y le digo que sus pocos abrazos son mi refugio, que muera en la frontera o sobreviva le agradezco la inmensa oportunidad de haberme dado el derecho de ir a la escuela a aprender a leer y a escribir. Acaricio sus manos de campesina, astilladas y ampolladas y la abrazo con la profundidad de mi alma que se aleja de su cordón umbilical.

Ahí está mi novio, el hombre que antes que todo es mi amigo incondicional, veo sus ojos tristes y no tengo palabra mayor que decirle, todo se lo he dicho ya. Un abrazo y un beso, él musita con la voz quebrada, te iré a visitar. Y lo cumplió.

Camino hacia la puerta que me conducirá hacia un destino desconocido, son las diez y diez de la mañana del veintisiete de octubre de dos mil tres, no volteo para observar las últimas miradas, camino con la espalda recta viendo de frente, atravieso el umbral y abordo el avión que me convirtió en extranjera.

Capítulo 2

Llegando al aeropuerto del Distrito Federal, México pasé al área de migración el plan había sido estudiado con detenimiento y las respuestas que daría también, iba a visitar a una tía que vivía en la ciudad de México.

El único dinero que llevaba era un cheque de viajero de doscientos dólares, lo que les despertó curiosidad a los agentes de migración por ser tan poca la cantidad, mi maletín llevaba cinco mudadas de ropa que era todo mi equipaje. No creyeron mi historia y preguntaron si alguien me estaba esperando a la salida del aeropuerto, les dije que sí que mi tía estaba ahí fue entonces que decidieron enviar dos agentes de migración conmigo para verificar si era cierto lo que había dicho.

La coyota me iba a estar esperando con un papel donde estaría mi nombre escrito, pero ninguna de las dos contaba con que enviarían a agentes de migración.

Van caminando atrás mío y yo busco entre la multitud a la mujer menuda de cabello teñido de rubio, pantalón de lona color azul y chaqueta de cuero de color negro, la logro distinguir y también tiene mis características: morena, cabello rizado largo color negro, pants azul y playera gris tipo polo, maletín gris, nuestras miradas se encuentran e inmediatamente subo una mano a la altura de mi pecho y le hago señas de que atrás vienen dos agentes de migración, entiende el mensaje y guarda en el instante el papel que tiene mi nombre, corro hacia sus brazos fingiendo ser la sobrina que tiene años de no ver a la tía que migró y la saludo eufóricamente: ¡tía querida, tanto tiempo sin verla! Ella también entra en escena y me abraza con un sentimiento de nostalgia y de alegría tan perfectamente orquestado que los agentes se creen el reencuentro y deciden dejarme entrar al país, sellan mi visa y se despiden diciéndome: bienvenida a México, que su estancia sea placentera.

Caminamos abrazadas con la coyota hasta el estacionamiento.

En el avión me encontré a un árbitro mundialista mexicano que viajaba de Costa Rica a donde había asistido a dirigir un encuentro de fútbol, me saludó muy amablemente y me invitó a conocer las instalaciones de la Federación de Fútbol de México, a entrenar con los colegas si estaba entre mis posibilidades de tiempo y organización también a presenciar un encuentro de la liga mayor y luego a una cena con los colegas, aquella invitación me pareció de lo más normal puesto que yo también soy árbitra de fútbol y es camaradería de recibimiento cuando otro árbitro visita otro país, de haber sido otras mis circunstancias le habría tomado la palabra, quedó registrado en mi memoria como un dato curioso en mi viaje clandestino buscando la frontera hacia Estados Unidos.

El vuelo de Mexicana de Aviación iba repleto de coyotes y de indocumentados, nosotros tenemos un lenguaje secreto, un instinto peculiar, una armonía que solo quienes no tienen documentos entienden a cabalidad, de incógnitos para la sociedad y para el sistema que finge no vernos, pero totalmente visibles para quienes se aprovechan de nuestras circunstancias. Por muy disfrazados con ropas de galas para no llamar la atención las miradas desnudan las almas temerosas que, fingiendo valentía, se lanzan a la conquista de lo desconocido en un acto suicida que a nadie importa, actos que si sobreviven se vuelven remesas que pactan promesas de amor que el tiempo se encarga de disolver, es así como quienes ya están del otro lado de la frontera se vuelven hiel que beben a cuenta gotas en la diáspora. El retorno se vuelve una quimera y a veces un recuerdo que se trata de olvidar. Son los desterrados muertos en vida que no se percatan que aun respiran.

Abordamos un autobús que nos llevó al Estado de Morelos, pasamos por la pintoresca Cuerna Vaca que cuando la vi me sentí en San Lucas Sacatepéquez, muy similar el paisaje, el clima y la infraestructura. Kilómetros más adelante la brisa rala del calor de Acapulco nos avisó que estábamos por llegar a Morelos, ahí abordamos otro autobús que nos llevó al poblado de Jojutla.

En un mercado la coyota tiene su casa y su puesto donde vende todo tipo de vestidos y decoraciones para: bodas, quince años, bautizos y funerales. Sus hijas que también son parte del negocio del tráfico de personas indocumentadas fueron las encargadas de darme las clases de geografía e historia de México, desde el mismo instante en que llegué les dijeron a los vecinos y vendedores que yo era una prima veracruzana que había crecido en Guerrero cerca del puerto de Acapulco, mi acento, mi color de piel, la forma de mi cuerpo y mi cabello rizado ayudaban con la descripción.

El mismo día guardé mi acento guatemalteco y los modismos para aprender nuevos y mexicanos, no sé cómo sucedió pero lo logré de otra forma mi historia fuera distinta y tal vez yo no estaría en este momento escribiendo este relato.

Día y noche estudiando nombres de ríos, calles, poblados, Estados, nombres de gobernantes, aprendí el himno nacional, canciones tradicionales de Morelos, Guerrero y Veracruz. Todo esto para poder defenderme si en caso me detenía la policía en México o la Patrulla Fronteriza en Estados Unidos, el único objetivo era que si me deportaban que me devolvieran a México y no a Guatemala, eso me permitiría intentarlo nuevamente y que si me entrevistaba la policía mexicana me dejara continuar con el viaje.

El nivel de organización que tienen las redes que trafican con migrantes indocumentados me dejó sorprendida porque hay gente involucrada en todos los niveles e instancias. Para poder viajar como mexicana –porque mi visa estaba autorizada solamente hasta el Distrito Federal Sonora donde cruzaría el desierto para llegar a Arizona.

Fuimos al hospital público de Morelos y ahí un contacto me sacó sangre y me realizó una tarjeta médica cuestión que no tardó más de veinte minutos, vi cómo colocó tres gotas de mi sangre sobre una tableta que me explicó era para saber qué tipo de sangre tenía y mi nivel de hemoglobina. Se sorprendió cuando vio mi tipo de sangre y me dijo lo que me ha dicho todo el mundo: su sangre es rara y es muy difícil de conseguir en los hospitales.

Compramos los boletos de avión con destino a Hermosillo, Sonora. El día antes de partir fuimos con las hijas de la coyota al mirador de la laguna de Tequesquitengo y más allá a apuntando con la mano derecha me enseñó la conductora del automóvil que estaba Acapulco, “atrás de esos cerros”.

Ya había aprendido a cocinar comida mexicana y en la noche un grupo de vecinas y de vendedoras que me tomó cariño organizó una despedida con Pozole, una tomó una guitarra y comenzaron a cantar canciones del tiempo de Pancho Villa que entrelazaron con coros evangélicos y católicos, terminaron la velada con la de *No Volveré* de don Antonio Aguilar y *La Golondrina* de Pedro Infante.

A la mañana siguiente me disfrazaron con zapatos de tacón, traje tipo sastre y llenaron de pintura mi rostro, trenzaron mi cabello y colgaron una bolsa de mi brazo, en el otro una mochila negra con la mudada con la que cruzaría el desierto: un pants negro, tenis color azul, un gorro

pasamontañas y guantes negros. El resto se quedó en casa de la coyota que dijo que enviaría por paquetería, cosa que nunca sucedió pero sí envió mi billetera con mis documentos guatemaltecos.

La tarjeta médica serviría como identificación en caso de cualquier inconveniente, tenía forma de licencia de conducir. Abordamos el avión con la coyota y las indicaciones fueron claras: "si te descubren ni se te ocurra voltearme a ver, viajaremos en distintos asientos". Por suerte o por azar del destino ni en el aeropuerto del Distrito Federal ni en el de Hermosillo, Sonora me pidieron identificación.

Mientras volaba observaba por la ventana las cerrarías de los Estados de: Querétaro, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, parte de Sinaloa y Chihuahua hasta que llegamos a Sonora, en el horizonte se veía el mar de Puerto Peñasco, estaba tan lejos de mi arrabal y no iba ni a la mitad del camino.

Capítulo 3

Subimos a un taxi que durante seis horas nos condujo por autopistas del desierto de Sonora, los taxis que transitan por allá son camionetas *Suburban* y *Hummer* en su mayoría, son necesarios los de doble tracción por el tipo de terreno.

Siete veces el conductor se tuvo que detener en puestos de registro de la policía estatal y las siete veces actué como una total mexicana todo lo que había estudiado respecto al país fue lo que me preguntaron, vi cómo detuvieron a docenas que se confundieron en una pregunta y se delataron de ser centroamericanos y suramericanos, en los puestos de registro se juntan docenas de migrantes que apuestan a la suerte de llegar a los poblados fronterizos.

Hay policías que reciben dinero para favorecer y hacerse de oídos sordos a los acentos y a las nacionalidades, hay otros que toman a los migrantes de rehenes porque saben que les irá mejor pidiendo un rescate, hay otros que los encierran durante días con la única finalidad de abusarlos sexualmente y están los más perversos que se los venden al crimen organizado después de haberlos abusado sexualmente. Muchos de estos indocumentados van a dar a las manos de quienes trafican con órganos, también en trata de personas con fines de explotación sexual y laboral. Los que reclutan para convertirlos en mercenarios del crimen organizado.

En el último puesto de registro yo no supe contestar una pregunta pero una mexicana que viajaba con sus sobrinos menores de diez años de edad salió a mi rescate y le dijo al policía que yo era su prima y que era veracruzana que recién me había mudado a Morelos, la coyota se había alejado del grupo y esperaba dentro de la *Suburban*. Al subir nuevamente le pregunté a la muchacha que no pasaba de 30 años de edad, ¿por qué me había ayudado? Me dijo: "hoy por ti, mañana por mí".

Las únicas personas que utilizan taxis que van hacia los poblados fronterizos son los coyotes y los migrantes indocumentados, porque son sitios muertos donde hay muy pocos habitantes la mayoría o emigró hacia Estados Unidos o lo hizo hacia otros Estados mexicanos.

Faltando poco para llegar a Agua Prieta el conductor se detuvo en una taquería y nos dio quince minutos para comer, ahí presencié una violación de una adolescente que viajaba de indocumentada en otro grupo y nadie se metió a defenderla.

Llegamos al restaurante que era una galera, a la orilla de la carretera estaban estacionados varios taxis y adentro vi un grupo de aproximadamente sesenta personas, busqué el baño porque tenía ganas de orinar, una de las meseras me señaló la parte lateral de lugar, el baño estaba afuera, abrí la puerta y mi sorpresa fue encontrarme con un grupo de once tipos que tenían tirada en el suelo a una jovencita desnuda que abusaban sexualmente, mientras unos la sostenían para que no se moviera otros esperaban su turno.

Cerré la puerta y les dije a los de las mesas cercanas que cerca del baño estaban abusando a una mujer, me dijeron que ya sabían porque la habían ido a sacar del restaurante pero que no podían hacer nada porque andaban armados. La repuesta me indignó más porque me hablaron con una parsimonia como si de comida estuvieran tratando. Un hombre de aproximadamente cincuenta años de edad me dijo que era el tío de la muchacha que tenía 19 años y que no pudo hacer nada cuando entró el grupo de "los batos" y se la llevaron para el baño, "todos están armados seño y lo mejor es no meterse porque nos matan a todos, ella se va a recuperar".

Comencé a despotricar contra todos y el piloto del taxi se vio obligado a levantarme en vilo, taparme la boca con una mano y meterme dentro de la suburban, dos hombres que viajaban en el mismo taxi se ofrecieron de voluntarios a cuidar que yo no me bajara. Me dijo el taxista que era la única forma de asegurarme que no fuera abusada y asesinada ahí mismo, por el grupo de "los batos".

Momentos después llegó la coyota que estaba pagando los tacos.

Desde la ventaba del taxi vi cómo uno por uno pasaban sobre la jovencita, satisfechos todos se retiraron como quien va a una tienda, compra un dulce, lo paga y se va.

El tío junto a otros hombres la fueron a levantar y la subieron en el taxi y partieron hacia la frontera.

La imagen de la niña siendo violada por esos hombres no me dejó dormir durante años, me despertaba en la madrugada, hablando improprios, sudando helado y con las pulsaciones a mil por hora, aquella escena fue parte de las pesadillas que me persiguieron durante noches enteras.

En la suburban agarré la manga de la chaqueta que llevaba puesta y grité con todas mis fuerzas, la mordí hasta cansarme, todos guardaron silencio y perdieron las miradas entre sus propias cavilaciones y el paisaje del desierto.

El piloto dijo que eso era normal que sucediera y que aunque se denunciara la policía no hacía nada al respecto. Me dijo que me sintiera privilegiada que con tremendos gritos que di en el restaurante no me hubieran violado a mi también.

En el cruce de Agua Prieta y Napo se bajó la muchacha de Morelos con sus sobrinos, nos dimos un abrazo y con ella se llevó mi agradecimiento por haber intercedido ante la policía estatal.

Al filo de las cinco de la tarde llegamos al hotel El Girasol donde me entregaría la coyota y sería otra la organización que se encargaría de la travesía en el desierto para entregarme a otra organización en Arizona.

Lo que vi en ese hotel también me persiguió durante años.

Cuartos repletos de personas apiñadas que deliraban en el trance de las drogas que habían ingerido, algunas en pastillas, otras inyectadas, orgías, indocumentadas que con sexo pagaban la travesía, otros orando a la Virgen de Guadalupe que tenía altares por doquier.

Se suponía que tenía que partir esa misma noche con el grupo de mujeres pero llegamos una hora tarde y ya habían salido así que sería hasta el siguiente día con el grupo de hombres. Las puertas de las habitaciones estaban de par en par, realmente a nadie le importaba que lo vieran retozando y a quienes estaban bajo el efecto de las drogas mucho menos. Enumerar las nacionalidades estaría de más porque había personas de varias partes del mundo. El hotel se ofrecía como el mejor del lugar y de hecho lo era, en otras pocilgas la suerte era incierta.

Esa noche dormí en una habitación con la coyota que conocía al papá de quien estaba a cargo del hotel por esa razón tuvimos el privilegio de dormir solas sin que nos molestaran, nos dieron un cuarto en el segundo piso, pusimos la cama junto a la puerta y nos acostamos, el coyote nos dijo que solo a él le abriéramos, la noche entera la pasamos en vela porque tocaban la puerta cada cinco minutos en invitaciones para participar en variedad de orgías que ofrecían licor y drogas.

Por la mañana fuimos a desayunar y a conocer el poblado muerto de Agua Prieta, recién salido de una película del medio oeste: casas abandonadas con agujeros de balas en las puertas, hoteles cayéndose a

pedazos, ruinas de restaurantes, gasolineras y farmacias. Calles vacías con banquetas bañadas de sangre seca.

Una desolación total en el bochorno del infierno fronterizo.

Comimos tacos a dos metros de la frontera que es dividida por una valla de malla y más adelante una muralla de metal que es la famosa "línea" por donde cruzan los que pagan más de veinte mil dólares.

En la única farmacia disponible compré tres litros de suero, dos manzanas, dos galletas dulces, una naranja. De Guatemala había llevado dos vendas y ungüento para lesiones musculares. A las cinco de la tarde me puse mi pants negro, mi gorro pasamontañas y los guantes negros, me colgué la mochila en los hombros y me despedí de la coyota, que me dijo que se quedaría a dormir ahí para esperar noticias de que había cruzado, faltando cinco minutos para salir llegó el grupo de mujeres que salió la noche anterior y con el que me tuve que haber ido, las habían agarrado en la frontera ya en territorio estadounidense y las habían deportado, la Patrulla Fronteriza las dejó en la "línea" a unos metros de donde yo había desayunado.

Cuando me vieron y les contaron que yo era la mujer que faltaba y que por haber llegado tarde no me fui con ellas, en un acto sumamente extraño se lanzaron sobre mí y me abrazaron todas, lloraban y decían que se irían conmigo, porque yo tenía suerte.

La palabra suerte me ha acompañado toda mi vida, cuando nací me recibieron las manos de Mamita –mi bisabuela materna-, las de mi abuela y las de la comadrona, cuenta la historia familiar que yo nací a columbón como nacen los hombres y que mi cuerpo estaba cubierto por una manteca blanca como la que traen al nacer las bestias. En Jutiapa cuando las vacas y las yeguas paren y si el bebé viene envuelto en una manteca blanca se dice que trae suerte, yo nací igual entonces dijo Mamita cuando vio a la cipota prieta bañaba en manteca blanca: ¡ve, ésta Chilipuca nació con suerte! Y es algo en lo que he creído por el puro amor a mi bisabuela que tuvo la osadía y que me bautizó como Chilipuca. Chilipuca es el frijol negro grande que en otras partes de Guatemala le llaman piloy. Fui la hija que más pesó al nacer y la única de los cuatro que nació con comadrona. Lo de la comadrona es un privilegio que me enorgullece.

Las mujeres no pasaban de treinta años de edad, estaban cansadas pues llevaban una semana intentando cruzar la frontera y siempre la Patrulla Fronteriza las agarraba y las devolvía a "la línea", querían dormir e intentarlo en otra ocasión pero cuando me vieron desistieron, no había

forma de que me soltaran, me tenían abrazada, amurallada completamente.

Estaban seguras de que conmigo cruzarían la frontera, el coyote les dio cinco minutos para que fueran a comprar botellas de agua pura, nuevamente me despedí de la coyota y abordamos tres taxis tipo Sedan. La forma de hacerlo había sido estudiada y ensayada: en la puerta del hotel estarían estacionados y nosotros íbamos a salir corriendo y nos acostaríamos en los sillones, de afuera el taxi se vería vacío solo con el conductor, esto era para no levantar sospechas a la policía.

Con mi mochila al hombro y mi ropa negra corrí y salté dentro del taxi, así fue como el grupo de 17 indocumentados, -ocho mujeres y nueve hombres cruzamos el poblado de Agua Prieta hasta llegar a al desierto, donde se adentró el automóvil y sin detenerse saltamos nuevamente hacia los escasos matorrales donde el coyote a cargo nos daría las instrucciones. Estaba por comenzar mi titánica travesía de los desiertos de Sonora y Arizona.

Capítulo 4

Corrimos a escondernos entre los matorrales mientras bajaban todos de los taxis que, en un rechinar se llantas de marchaban del lugar, estábamos en medio de la nada alejados del centro de Agua Prieta metidos en el desierto de Sonora.

Yo era la única que cargaba gorro pasamontañas y guantes negros, fueron indicaciones de la coyota no quitármelos ni un segundo cuando me adentrara en el desierto porque de noche los cactus no se ven y las tunas se incrustan en la piel sin ningún tipo de piedad. Debido a mi experiencia de andar en barrancos y escalando montañas y volcanes opté por vestirme con un pants, playera, una chumpa y tenis que era lo más cómodo posible para la travesía y ciertamente fui la única vestida así, el resto de mis compañeros iban vestidos con pantalones de lona oscuros y zapatos de vestir, algunos con botas vaqueras, las mujeres con zapatos cerrados, muy pocos íbamos con tenis.

Solo yo llevaba suero el resto llevaba agua pura y mezcal, nos habían dicho que el frío del desierto era asesino y ciertamente a pesar de que vivo en una ciudad que sus inviernos con gélidos no he sentido frío como el que viví en los desiertos de Sonora y Arizona, creo que también contó lo circunstancial de la travesía para hacer de aquella experiencia algo épico en mi vida.

No adentramos en el desierto de Sonora, caminando uno tras otro ésa fue la indicación del coyote. Cuando ya habíamos avanzado cinco kilómetros nos detuvimos y nuevamente nos explicó el trámite de la travesía: “nadie de ustedes se va a atrever a delatarme como el coyote en caso nos atrape la migra porque si lo hacen la organización los va a matar, lo que tienen que decir es que tomamos el camino por nosotros mismos y que no llevamos coyote guía, si en caso nos salen en el camino los cuatreros no nos resistamos a que nos asalten entreguemos todo y si nos violan pues que nos violen...”.

Una de la muchachas me preguntó en ese instante si me había puesto la inyección para no quedar embarazada en caso de un abuso sexual en el desierto, en ese momento yo caí en la cuenta de la seriedad de la

situación en la que estaba metida, nunca se me ocurrió inyectarme, era la única del grupo que iba desprotegida en caso de que algo así sucediera, todas se habían inyectado antes de salir. Me dieron la regañaba de mi vida por no prever algo tan importante.

El coyote seguía con las instrucciones: “si en caso nos detiene la policía estatal o el ejército mexicano me dejan hablar con ellos y nadie de ustedes abre la boca, si en caso alguno de ustedes desiste de seguir se queda esperando a que amanezca que de encontrarlos tienen, ya sea la migra, la policía o los cuatrerros”.

Los cuatrerros son los grupos delictivos que transitan en el desierto asaltando a los migrantes.

El ocaso de las seis de la tarde comenzaba a pintarse de colores rojos y anaranjados encendidos y el frío de la noche se sentía en la brisa rala que se colaba entre los cactus. En el grupo había personas de cuarenta años, veinte, cincuenta, dieciocho, una pareja llamó mi atención porque el novio decidió irse a Estados Unidos y la novia no quiso quedarse, él tenía 18 años y ella 16 y para que no se fuera “huída” y que la gente del pueblo no murmurara los papás de ambos aceptaron que se casaran y así lo hicieron, se casaron sin ningún tipo de celebración y al día siguiente partieron de su natal Jalisco hacia Sonora.

No me cabe la menor duda que en mi grupo había gente de otras nacionalidades distintas a la mexicana pero por estrategia decíamos que éramos mexicanos todos.

Mi condición física estaba al 100% y eso permitió que caminara al lado del coyote sin apartarme de él, el grupo se quedaba rezagado a una distancia de cincuenta metros porque ninguno podía mantener el ritmo con el que avanzaba el coyote que dicho sea de paso era un niño de 18 años de edad, flaco como él solo.

Mientras caminamos conversé con él y me dijo lo que me han dicho una buena cantidad de personas a lo largo de mi vida: “es que siento como si la conociera de toda la vida, como si hubiéramos crecido juntos”, me contó que le pagaban \$150 por indocumentado puesto en Arizona, hacía dos viajes por semana y en cada grupo mínimo llevaba quince personas, haciendo cuentas el niño ganaba \$4,500 a la semana. Era nativo de Guanajuato y quería estudiar en la universidad por esa razón se había metido al trabajo de coyote pero le estaba yendo tan bien que decidió seguir cruzando gente, labor que realizaba desde que tenía 15 años de edad. El mayor de 6 hermanos, su familia vivía en una ranchería muy alejada del pueblo y su sueño era construirle una casa a su mamá y que

dejara de lavar ropa ajena y lo estaba logrando porque ya había comprado un terreno de doce manzanas de tierra donde construiría la casa con todo y establo, también había comprado algunas cabezas de ganado.

Un pickup de doble tracción para que nadie los humillara llenándoles las caras de polvo como cuando caminaban hacia el pueblo.

Los primeros 25 kilómetros los caminamos en tranquilidad, la noche los cayó encima con frío gélido pero no bajábamos el paso, traté de explicarles que no podían estar tomando agua cada cinco minutos porque se la iban a acabar y no sabíamos qué nos esperaba más adelante, aunque nos habían dicho que solo íbamos a caminar seis horas y llegaríamos a la frontera teníamos que estar listos para cualquier eventualidad y justo sucedió.

Cuando llevábamos tal vez cuarenta kilómetros caminados, nos apareció un grupo de policías estatales que con armas automáticas nos rodeó, pidieron documentos pero el coyote de inmediato preguntó por el jefe, sacó un fajo de dólares de la mochila y se lo entregó, le dio el santo y seña de la organización a la que pertenecía y eso fue suficiente para que nos dejaran continuar.

Entre más nos adentrábamos iban desapareciendo los matorrales y el desierto se poblaba de cactus, el suelo de talpetate y polvoriento también desapareció para darle paso a uno empedrado que no dejaba avanzar sin que nos lastimáramos los pies.

En la lejanía vimos unos reflectores que nos alumbraban parecían ser de postes de luz eléctrica que estaban a menos de cien metros de distancia pero, el coyote nos explicó que estábamos a ochenta kilómetros de distancia de éstos, y que eran reflectores gigantes que iluminaban en distancias largas, lo hacen para cuidar que no pasen indocumentados y tampoco traficantes de drogas. La luz pasaba y a los cinco minutos volvía, los focos rotaban en forma circular y cada vez que se acercaba nos tocaba lanzarnos al suelo y escondernos atrás de algún cactus, así lo hicimos a lo largo de sesenta kilómetros y aun no habíamos llegado a la frontera.

Escuchaba los gritos de las personas cuando sus cuerpos topaban con las tunas de los cactus, lo que le cambió el ánimo al coyote que comenzó a regañarnos, exigía el absoluto silencio porque nos íbamos acercando y los ruidos, movimientos y hasta las respiraciones eran descubiertos por sensores colocados en el desierto, por las autoridades estadounidenses.

Pronto aparecerían las avionetas y helicópteros que vigilan el desierto. El cansancio comenzaba a aparecer en todos pero era más en quienes no tenían la condición física, no llevaban ropa cómoda ni zapatos para semejante travesía.

Había gente con diabetes, problemas respiratorios y dos que sufrían de ataques epilépticos, ninguno dijo nada porque de lo contrario ningún coyote lo hubiera cruzado. Eso lo contaron en murmullos mientras avanzábamos y pedían descansar pero ya sabían la respuesta, teníamos que cruzar la frontera antes del amanecer o la migra nos encontraría. Comenzamos a trotar para acelerar el paso, quise llevarme un recuerdo de aquellos desiertos que la memoria fuera incapaz de borrar, entonces recogí una piedra del desierto de Sonora y otra del de Arizona, las tengo en mi escrito junto a una planta de cactus que recién compré el año pasado, cuando decidí hacer las paces con la alusión de mi travesía.

Llegamos al filo de la media noche a la línea divisoria y nos encontramos con cientos de migrantes esperando el cambio de guardia de la Patrulla Fronteriza para cruzar en esos diez minutos que se tardaba en aparecer el siguiente convoy de patrullas.

Faltaba media hora y los cientos de migrantes de un abanico de nacionalidades estaban acostados boca arriba en el suelo empedrado, docenas de coyotes de distintas organizaciones con grupos que no pasaban los 25, nosotros también buscamos un lugar a lo largo de la línea y esperamos nuestro turno.

Las estrellas se veían tan cerca que lo lejano del firmamento parecía haber bajado a acompañarnos, en la espera pasaban de mano en mano las botellas de mezcal y de tequila, un trago para espantar el frío y darle viaje para que otro necesitado también se quemara la garganta y se entibiara el corazón, yo no bebí decidí pasar las botellas a la mano siguiente.

La línea divisoria en el desierto de Sonora y Arizona tenía del lado mexicano dos cercos de alambre de púas, seguido de una línea férrea, la calle de terracería y dos cercos de púas del lado estadounidense. La cruzarían en hileras, se colocarían los suéteres y chumpas en el suelo y caminaríamos sobre estos y el último del grupo los recogería, esto era para no dejar huellas de zapatos en la calle por donde alumbraban los focos de las perreras estadounidenses.

Cuando dieran la señal cada quien se haría cargo de la forma en que iba a saltar los cercos y también de alejarse lo antes posible de la línea. Estábamos a instantes de cruzar la famosa frontera que tantas vidas ha

arrebatado. Estaba a segundos de abandonar el territorio mexicano para seguir siendo indocumentada en otra proeza de la que quienes sobreviven se niegan a hablar e intentan olvidar.

Capítulo 5

No sé cuántos kilómetros de distancia hay entre Agua Prieta y la frontera con Arizona, nosotros no caminamos en línea recta, la ruta fue serpentina, en instantes parecía que el camino era para regresar a Agua Prieta en lugar de dirigirnos a Arizona, sé la cantidad de kilómetros que caminamos porque el coyote llevaba un aparato estilo reloj que también era brújula y llevaba un registro de la distancia caminada.

A las doce en punto de la noche dieron la señal para cruzar la línea divisoria y fue cuando un viaje tranquilo se tornó en una pesadilla; los cientos de migrantes comenzaron a saltar los cercos de alambrado en un intento por llegar al otro lado sin ser interceptados por la Patrulla Fronteriza, personas de todas las edades, niños, adolescentes, adultos y ancianos. Personas mayores de los 70 años de edad también estaban allí en esa piña de gente tratando de saltar, la desorganización total la angustia y el miedo volvieron aquellos alambres de púas armas blancas que se llenarían de sangre fresca: pedazos de carne quedaban ensartados, piel y cabello.

Se escuchaba perfectamente cuando la piel se desgarraba y el alambre cortaba la carne en ocasiones llegando hasta los huesos, los gritos de dolor eran contenidos mordiendo pedazos de trapos, niños eran levantados en vilo y lanzados al otro lado donde caían sin amortiguamiento sobre las piedras, ancianos que caían al suelo y les pasaba la turba encima, kilómetros y kilómetros de personas saltando los cercos de alambrado.

La luna iluminando la noche como si fuera un candil en camino de aldea, más allá de las siluetas se distinguía los rostros y se podía leer en las miradas el miedo y la angustia. No fue difícil para mí saltar los cercos de alambrado, crecí entre barrancos y realizando expediciones de arrabal con mis amigos de infancia, -Los 16 Hombres de mi Vida- entre los sembradillos de las aldeas y las parcelas.

Busqué uno de los troncos podridos que sostenían el alambrado y me sujeté a él con ambas manos, utilicé las líneas de alambre como si fueran gradas de escalera, estando en lo más alto del cerco salté hacia el otro

lado. Las personas hacían lo contrario: querían utilizar el sistema antiguo de colocar un pie sujetando la línea más baja y con una mano levantar la que seguía, para pasar inclinadas pero era algo que no funcionaba debido a la cantidad de gente y al nivel de desorganización, cada quien saltaba como podía y utilizaba el método que más le convenía causando con esto la aglomeración y las heridas que aunque hoy estén cicatrizadas han quedado vivas en el alma de cientos de miles a lo largo de los años. Eso de los doce millones de indocumentados en Estados Unidos es un treta, si cruzan miles a cada minuto por agua, tierra y aire.

Saltamos el primer cerco y corrimos para cruzar la ferrovía, pusimos los suéteres y chumpas sobre la calle y volvimos a correr formados en hilera, el último del grupo recogió la ropa y nos la entregó llegando al otro cerco que ya era parte de Estados Unidos, curioso y real que el cerco del lado mexicano parecía de aquellos de aldea latinoamericana donde la única pena es que no crucen las bestias hacia los sembradillos de hortalizas, tremenda diferencia con los dos cercos del lado estadounidense que fueron hechos con maquinaria de última moda.

En lugar de troncos de madera, los parales eran vigas gruesas que parecían de acero, las líneas de alambre estaban más tupidas y ajustadas –tilintes diríamos en mi natal Jutiapa- lo que hizo que aquella masa humana se diera el encontronazo y fueran más las pieles cortadas y la sangre derramada.

No había manera de colocar el pie y hacer que bajara la línea de alambre que no cedía porque estaba ajustada en una forma inverosímil con grapas gruesas soldadas a los parales. Desconozco si este cerco estaba solo en cierta parte o era a lo largo de la frontera del desierto. Las personas optaron por lanzarse en clavados como si lo que les esperaba adelante era una poza de río, la ropa quedaba prendida con todo y piel, quien se quedaba tratando de destrabar la ropa, el cabello o la piel era empujado por la turba que no medía consecuencias, así fue como muchos dejaron pedazos de labios, nariz y mejillas colgando de las púas de alambrado.

Vi personas que perdieron los ojos porque las púas se incrustaban en las pupilas, hombres que se rasgaban los testículos, en ese cerco quedaron docenas que se negaron a seguir porque no lo pudieron cruzar y otras que por el tamaño de las heridas les fue imposible.

El segundo cerco del lado estadounidense estaba más ajustado aún y se convirtió en otra especie de colador que detuvo a otros cientos, entre ancianos, mujeres embarazadas, personas lesionadas, gente a la que ya no le daba ni el espíritu ni la fuerza física. Vi a coyotes sacar cuchillos de

carniceros y degollar a las personas que gritaban del dolor causando por las heridas que se hicieron en los cercos, ellos no querían escuchar ningún lamento que alertara a la Patrulla Fronteriza y nos descubriera a todos y se les cayera el negocio y si alguien los denunciaba ir a la cárcel durante décadas. Con esos cuchillos de carniceros y pistolas amenazaban a todos por igual y con ésta acción hicieron pensar dos veces a quien intentó quejarse.

Pitos de sangre saltaban de los cuellos cortados y caían en la ropa de otros que aglomerados intentaban vencer el miedo y lograr saltar el tercer cerco mientras que los heridos se desplomaban y caían al suelo en una agonía que a nadie importaba, en la que nadie quería pensar, todos estábamos absortos en nuestros propios trances, tal vez el generalizado que solo entienden quienes han cruzado las fronteras en clandestinidad. En esos instantes de aprehensión una se da cuenta que como cantara don José Alfredo Jiménez en su *Camino de Guanajuato*: “No vale nada la vida, la vida no vale nada, comienza siempre llorando y así llorando se acaba, por eso es que en este mundo, la vida no vale nada”.

Lo que hace la Patrulla Fronteriza es llevar los cuerpos a la morgue del poblado más cercano y hay quienes los han visto lanzarlos al otro lado del cerco para que los cuerpos se pudran en territorio mexicano y con esto no hacer gastar dinero al gobierno de Estados Unidos en entierros de cuerpos equis, equis. Si son encontrados por migrantes y coyotes sucede algo similar, moverlos del camino para que no estorben el intento de otros.

Es así como quedan los cuerpos que se vuelven polvo uniéndose a la erosión del desierto. Quienes mueren de sed, de hambre, cansancio y los cientos de miles a través de los años que han perecido heridos, desangrándose hasta quedar totalmente vacíos de anhelos y recuerdos, buscan en la agonía el abrazo lejano de quienes se quedaron esperando su regreso.

Yo también viví la depresión post-frontera, durante años enteros me habitó el Síndrome de Ulises. Me fue consumiendo minuto a minuto y me ensimismó, robó mucho de mí; de mi alegría y de ser extrovertida pasé al silencio total que me convirtió en una persona oscura y ensombrecida. En un témpano de hielo que se encerró en exhaustivas horas de trabajo, para no pensar y para no sentir pero me fue imposible, la hiel me invadió por completo.

La vida en la frontera no es nada, si lo sabré yo. Por ésa y otras razones no hay nada ni nadie que me haga despegar los pies del suelo y ningún ego ha tenido los arrestos para verme de frente. Por más labias que me

hagan llamándome hoy "escritora y poeta", buscando utilizar mi letra como mercenaria para fines de ultratumba, mi conciencia no se vende ni por un costal de tuzas. Es fiel a los invisibles porque viene de una de ellos.

Cruzamos el tercer cerco y vimos cómo se quedaban docenas atrapadas entre los alambres de púas y el desconcierto de la orfandad migratoria. Comenzaba otro trayecto en mi vida, entre los cactus y la adversidad.

Capítulo 6

Cuando saltamos el tercer cerco el coyote a cargo de nuestro grupo comenzó a correr y siguiendo las instrucciones suyas también lo hicimos nosotros, teníamos que alejarnos de la línea divisoria lo más pronto posible porque estaba por iniciar la cacería de la Patrulla Fronteriza.

Cuando estábamos en territorio mexicano nos explicó que en una especie de juego como el del gato y el ratón la Patrulla Fronteriza da un lapso de tiempo a los indocumentados para que crucen y corran para luego cazarlos con sus armas de francotiradores, con sus pistolas de goma, con sus pistolas de choques eléctricos y con los perros amaestrados que sueltan en manadas para que acorralen a la mayor cantidad posible de indocumentados, para después encerrarlos dentro de las perreras y llevarlos al centro de detención y posteriormente deportarlos. La angustia de las compañeras que ya lo habían intentado durante la semana y las habían deportado era que al detenerlas las volvieran a abusar sexualmente los policías de la Patrulla Fronteriza. Todo aquello me parecía inverosímil como si estuviera dentro de una pesadilla y no pudiera salir, despertar.

Con el cansancio de los kilómetros caminados cruzamos los cercos de la línea divisoria y comenzamos a correr en un desquicio de angustia y adrenalina de quien ya tiene un pie en la tumba. A mí nadie me dijo que así era el desierto y tampoco se lo dijeron a los cientos de indocumentados que estaban esa noche ahí, porque nadie cuenta la realidad de lo que se vive cuando se cruza de forma indocumentada la frontera, porque los coyotes si relatan la realidad no consiguen clientela. Y quien ya llegó no cuenta cómo le fue porque quiere bloquear esos recuerdos o simplemente porque quiere que otro también viva esa tortura. Yo me encontré con una realidad totalmente distinta a la que me habían pintado y ya no podía dar marcha atrás así lo hubiera deseado, sin embargo en ningún momento pasó por mi mente el arrepentirme, desde niña la vida me enseñó a afrontar las consecuencias de mis decisiones así éstas me hagan tragar polvo, como me ha sucedido en más de una ocasión. De la osadía que ha trazado la historia de mi vida

no me arrepiento ni por un segundo, he vivido lo que estaba en el camino para mí.

¿Por qué sos tan necia? Me ha dicho mi mamá a lo largo de mi vida, soy la hija que le encanó el cabello cuando andaba en los 30 años de edad. Mi carácter del demonio y el hacer todo al revés y a mi paso y en mi tiempo y no en el de nadie más, me han enseñado a bregar donde otros desisten.

Esa misma necesidad que me habita me salvó la vida en el desierto en más de una ocasión. Mis necesidades son las que también en las contradicciones que forman parte de mi ser me han dado momentos fugaces de felicidad.

Comenzamos a correr atrás del coyote para no perdernos entre las cientos de otros grupos que también corrían tratando de alejarse lo más pronto posible de la frontera, zancada tras zancada a una velocidad que solo la angustia y el sobresalto son capaces de reconocer en una persona a la que el miedo trata de paralizar.

El terreno estaba en peores condiciones, las piedras eran más grandes y en cada paso alguien se doblaba un tobillo o caía raspándose las rodillas, eso cuando lograba meter las manos pero cuando no el golpe era en el rostro y encima le pasaba la turba que no se detenía a pensar en nadie más que en salvar su propia vida.

Cuando ya habíamos avanzado un kilómetro aun corriendo recogí una piedra y la metí en la otra bolsa de mi pants. Para no confundirlas la busqué más pequeña que la que había recogido en el desierto de Sonora, ya tenía pues mis dos amuletos y los empuñé en mis manos pensando en que si sobrevivía les iba contar la historia de mi travesía a las siguientes generaciones del clan Oliva Corado y para muestra estarían las dos piedras, lo que no sabía y me ha sorprendido inmensamente es que el azar me convertiría en escritora y que la experiencia de mi travesía y los capítulos de mi vida, están siendo contados en letras y no en mi propia voz de anciana sentada en una butaca rodeada de sobrinos nietos, bebiendo café en un batidor a la hora de la oración en mi natal Comapa.

Ha abandonado por completo la fantasía de un seno familiar para abrirse paso montaraz entre los vientos que no conocen fronteras y edades. Tengo 34 y cada segundo de mi existencia me ha habitado intensamente que pareciera que es más de una vida la que llevo impregnada en mi piel. Estoy convencida que soy un rareza de un ser atemporal.

Corrimos tres kilómetros sin detenernos hasta que alcancé al coyote y le pedí que descansáramos por lo menos tres minutos para que todos

tomáramos agua, desde ese instante creció una preocupación en mí por la salud de todos que en el camino y empujados por las circunstancias habían contado de sus males; artritis, diabetes, problemas respiratorios y con el corazón. Me preocupaba el sobrepeso de tres de ellos que no les permitía avanzar al paso exigido, una señora de 55 que decía que tenía dolor de muelas y llevaba zapato de vestir en lugar de tenis, uno de los que llevaba botas ya tenía ampollas, el grupo no estaba caminando parejo, unos se quedaban rezagados y era peligroso porque por uno nos podían agarrar a todos, teníamos que movilizarlos lo más pronto posible, sin hacer ruido y sin lamentos.

El niño que era el coyote, porque alguien de 18 años de edad sigue siendo un niño y más en circunstancias tan extremas, la única indicación que daba era que los que sentían que ya no podían que se escondieran entre los cactus y que esperaran el amanecer para ser rescatados pero que el resto íbamos a continuar, no tenía idea alguna de cómo manejar la situación. Yo tenía 23 años era una niña también pero en ese instante mi instinto silvestre y creo que el deseo de sobrevivir me hizo hablarle al grupo: dos tragos de agua nada más y realizar estiramiento para oxigenar los músculos, tendones, ligamentos y articulaciones para evitar los calambres y la fatiga muscular, aunque en tales infiernos aquello era una burla pero algo tenía que intentar para mantener al grupo estabilizado en algo mínimo.

Aprender a respirar correctamente; inhalando por la nariz y exhalando por la boca, tratar de retener el aire en los pulmones la mayor cantidad de tiempo posible, si las pulsaciones cardiacas no se los permitían entonces hacer cambio de ritmo al respirar, inhalar dos veces y exhalar dos veces seguidas para darle tiempo al corazón de recuperarse, éstas son técnicas utilizadas en atletismo.

La mayoría había comenzado a llorar y a desistir, a llenarse de lamentos y de preguntas, el miedo comenzaba a hacer de las suyas y se creían muertos que caminaban para buscar sus propias tumbas. Recordé mis años de niña internada en montañas con mi hielera de helados al hombro, cansada, bajo el sol ardiente buscando venderlos en otros poblados, el dolor en mi espalda baja me recordó los años que trabajé en un finca de sol a sol cortando fresas que eran exportadas hacia Estados Unidos. No, el desierto no iba a acabar con mi vida. Siempre he creído en el poder sanador de los abrazos y le di un abrazo a cada uno y les dije que vivíamos todos o nos moríamos todos pero que juntos íbamos a llegar hasta el final. Mis palabras devolvieron la confianza y la entereza para continuar y así lo hicimos.

Comenzamos a trotar nuevamente y el coyote se fue alejando del grupo, la que tenía la resistencia física y la experiencia en eventos de “campo traviesa” era yo, entonces me convertí en el lazo que no dejó que él se apartara por completo y nos dejara abandonados, lo alcanzaba y volvía a regresar con el grupo que se había quedado a unos cincuenta metros de distancia, nos habíamos alejado unos diez kilómetros de la frontera cuando una de las compañeras pegó un grito que nos detuvo a todos, se había doblado un tobillo y le era imposible continuar.

Corrí a revisarla mientras el resto se escondía entre los escasos matorrales, no más de dos en cada espacio porque los bultos también eran detectados por los sensores colocados en el desierto por la Patrulla Fronteriza, debido a que es lugar ideal para trasladar droga. Lo que temía, la muchacha tenía esguince en segundo grado y en segundos la parte lesionada se llenó de hematomas e inflamación. Necesitábamos hielo y antiinflamatorios, una bota o tablilla y tampoco nada de eso estaba al alcance, el dolor la hacía pegar gritos, inmediatamente me quité la chumpa y le dije que la mordiera, saqué la venda de mi mochila y el ungüento para lesiones, esto le daría frío y calor y le ayudaría en algo mínimo. Un compañero llevaba pastillas para el dolor de cabeza y también se las tomó, intentamos ponerla en pie pero debido a la severidad de la lesión le era imposible caminar.

El coyote le dijo que no podíamos quedarnos por ella y que fuera consiente que no iba a arriesgar al resto del grupo por una, la solución era quedarse ahí y esperar a que cuatrerros o la Patrulla Fronteriza la encontraran, los cuatrerros no pasarían de violarla y la dejarían vivir, la Patrulla Fronteriza la iba a violar y llevar a un centro de detención, le dijo que rezara para que quien la encontrara primero fuera la Patrulla Fronteriza.

La muchacha tenía 25 años, robusta, de estatura promedio, un poco más alta que yo. Cuando escuchó las palabras del coyote comenzó a llorar con más sentimiento, el resto exigía que avanzáramos porque nos podía encontrar la migra. Su lesión hizo sacar la verdadera esencia de quienes iban en ese grupo, todos votaron por dejarla menos el hombre que le dio las pastillas y yo. Él desde el inicio del recorrido sacó su biblia y la llevaba en una mano, comenzó a rezar por ella y entre los dos la ayudamos a ponerse en pie y cada uno sujetándola de cada brazo la apoyamos en medio para que no tuviera que poner en el suelo el pie lesionado. El problema es que él era más bajo de estatura que nosotras y enflaquecido eso hizo que ella se recargara más en mí.

Ya no podíamos correr ni trotar y el avance tuvo que ser lento y nos quedamos rezagados a una distancia de cien metros del grupo que avanzaba uniforme con el coyote. A todo esto era la una de la mañana y pronto iba a amanecer y teníamos que llegar al punto de encuentro antes de que saliera el sol para no quedar expuestos en la luz del día y ser más visibles a los helicópteros, avionetas y policías.

A pocos metros de nosotros también transitaban otros grupos que se dirigían a Douglas, Arizona, aquello era una romería de presagios de finados. Caminábamos en el mayor de los silencios cuando de pronto las luces de motocicletas y camionetas de la Patrulla Fronteriza se encendieron seguido de los motores, el destello nos sorprendió y nos encegueció durante unos instantes en los que nos desorientó por completo, los teníamos a menos de cincuenta metros de distancia. La cacería estaba por comenzar.

Capítulo 7

Junto a las luces y motores encendidos de motocicletas y camionetas de la Patrulla Fronteriza se escuchó una lluvia de improperios en esa mezcla de *spanglish*, se notaba que nos estaban esperando con ansias para cazarnos como animales. Ciertamente hubo cambio de guardia en la línea fronteriza pero más adelante y con la experiencia de avezados cazadores otro nutrido grupo de policías esperaba a sus presas.

Había escuchado por mis compañeras de travesía que los vehículos en donde transportaban a los indocumentados tenían forma de perreras y lo pude comprobar, son tipo pickup que llevan ensamblada en la palangana una jaula de barrotes y malla en donde por lo menos encierran a treinta personas.

Instantáneamente con el sonido de los automotores el sinfín de indocumentados comenzamos a dispersarnos corriendo sin dirección en un intento por no ser atrapados, primero fueron insultos los que recibimos de parte de la Patrulla Fronteriza luego se encargaron de arremeternos con balas, por altoparlantes nos gritaban y reían burlándose de nuestra condición de presas, nos acusaban de contrabandistas y de asesinos, de llegar a Estados Unidos a robarle el trabajo a quienes sí residían legalmente.

Nos decían que nos regresáramos por donde habíamos llegado porque no éramos bienvenidos en su país, nos gritaban que nos podían matar si querían y que nadie los enjuiciaría porque lo que estaban haciendo era salvando al país de basuras latinoamericanas. “¡Largo!, ¡fuera de territorio estadounidense!, ¡los vamos a matar ratas!, ¡pasarán en la cárcel el resto de sus días por entrar sin documentos!, ¡ladrones, asesinos!, ¡putas! Y ustedes, espaldas mojadas ¿Vienen a limosnear comida? ¿Qué es lo que quieren? ¡Fuera, fuera, fuera!”

La gente corría desesperadamente y la perseguía un tropel de policías en motocicletas y pickups, el tiempo se había detenido en nuestras piernas cansadas que por más que corríamos no avanzábamos, la angustia, la oscuridad y el deseo de escapar hacían del pánico nuestro peor enemigo. Sin noción alguna de dónde estábamos parados corríamos en todas

direcciones. Nos topábamos los unos con los otros, aun no estábamos tan lejos de la línea divisoria como para que cada grupo avanzara por separado.

Las balas penetraban espaldas, rostros, muslos y las personas se desvanecían entre ramas de cactus y piedras que silenciosas guardan historias del desierto que es lozano en paisaje de postal.

Mientras unos disparaban otros se bajaban el zíper del pantalón y mostraban sus genitales en una burla y total provocación, sabían que tenían el control de la situación porque contaban con los radares, helicópteros, avionetas, armas y vehículos donde transportarse; nosotros solo teníamos el cansancio y el ímpetu de salir del desierto con vida.

Con bates de béisbol golpeaban a quienes se les atravesaban en el camino, los amarraban de manos y pies y los acostaban boca abajo esperando que llegara la perrera para encerrarlos. A los heridos de bala los dejaban donde caían, sabían que agonizarían lentamente hasta que sus cuerpos sin vida fueran encontrados por grupos humanitarios que se internan en el desierto de cuando en cuando en busca de sobrevivientes de travesía, o bien serían devorados por aves de rapiña y los huesos se adicionarían a la superficie del páramo desolado que vela en silencio a los difuntos sin nombre.

Corrimos sin voltear atrás y nos lanzamos sin pensar sobre cactus y pequeños breñales, las púas tomaban formas de dardos que se metían en nuestra piel a la velocidad con la que el pesar hacía palpar nuestros corazones aturcidos. No podíamos estar más de uno en cada cactus porque no eran rollizos y quedábamos en absoluta visibilidad, dejé a la muchacha que tenía el tobillo lesionado escondida entre un zarzal y busqué un tunal para mí, no podía correr porque las balas pasaban en todas direcciones entonces lo hice de la forma en que atravesábamos en mi infancia el alambrado de la María del Tomatal: tirada sobre el suelo, boca abajo y arrastrándome con la punta de los pies y los codos sin levantar la cabeza ni para ubicar el tunal.

Esperamos a que la policía se alejara de la zona de combate para movilizarnos y salir del sector donde nos tenían rodeados, mientras observamos la forma en que golpeaban a hombres, mujeres y niños por igual, a dos adolescentes las abusaron sexualmente; de pie las hicieron abrazarse a un cactus, les rompieron la ropa a tirones, les abrieron las piernas con golpes de punta de bota y las abusaron por atrás. Los gritos eran desesperantes y martillaban los tímpanos, cuando terminaron les dieron un balazo en la sien, se subieron en sus motos y se fueron. Dos vidas más perdidas en el desierto de Arizona. El sonido de esas dos balas

durante años me despertó a la una de la madrugada en punto, retumbaba en mis pesadillas de travesía, a esa hora las mataron. No pudimos hacer nada estábamos rodeados de policías y un movimiento por más suave que fuera hacía crujir las ramas secas de los zarzales.

En un intento por postergar la muerte el silencio nos maniató.

La bandada de policías se fue alejando del lugar donde estaba mi grupo, aprovechamos para movilizarnos y arrastrándonos entre tunas, piedras y zarzal logramos retirarnos del lugar. El sonido de los bates golpeando cuerpos de indocumentados y los gritos de aflicción suplicando piedad perforaron el sigilo de aquel descampado que a quienes lo sobrevivimos nos dejó huellas imborrables, en mí se instaló lo insociable y me encerré bajo cuatro llaves sin que nadie se atreviera siquiera a tocar la puerta de mi desván.

Cuando logramos alejarnos unos quinientos metros del lugar pensamos que la pesadilla había acabado pero recién acababa de empezar.

Capítulo 8

La luz de luna nos ponía al descubierto ya no podíamos seguir en el camino limpio de zarza y tuvimos que avanzar entre cactus y broza que, nos cundieron la piel de agujones, yo llevaba el gorro pasamontañas y guantes en mis manos eso ayudó a disminuir la cantidad de púas que entraban en mi piel porque la mayoría quedaba en mi gorro y en los guantes. A los demás ya les comenzaba a escurrir lentamente la sangre de las heridas causadas por los rozones con las espinas grandes de los cactus adultos.

Logramos reunirnos a la sombra de un cactus rodeado de zarzal, ahí nos tiramos al suelo y comenzamos a contar para asegurarnos que todos los del grupo estuviéramos ahí. A pocos metros de distancia se veía la forma en que avanzaban otros de organizaciones distintas.

La angustia era que teníamos que alejarnos lo más pronto posible de la línea fronteriza y que no nos amaneciera en el área de fuego. El sonido de las balas rozando ramas de cactus no nos permitía pensar con claridad y el decisión fue instintiva: alejarse aunque nos separáramos del camino conocido por el coyote, y así fue como comenzamos a perdernos en aquel cementerio sin tumbas en donde las cruces y los epitafios son un mito.

Tal vez unos tres kilómetros llevábamos recorridos cuando sufrimos una nueva emboscada por la policía migratoria y en esa ocasión las motocicletas eran más, vi de cerca las perreras y los helicópteros que aparecieron en minutos con sus focos y sus altoparlantes. Nuestro grupo era parte de los puños que también trababan de escapar realmente no íbamos solos y la salida del desierto colindando con la ciudad más cercana de Arizona estaba en el infinito.

En esta ocasión no solo era la Patrulla Fronteriza la que nos acorraló, también iban hombres vestidos de particular con armas de francotiradores, disparaban a diestra y siniestra festejando la noche de cacería. Seis personas de otro grupo buscaron el mismo cactus en el que estaba yo y aunque les dije que se tiraran al suelo se quedaron acucilladas, la respuesta que me dieron fue que no querían llenarse

nuevamente el cuerpo con las púas de los zarzales; se los pedí como en tres ocasiones y opté por alejarme de ellos, cuando empecé arrastrarme me dijeron: “necia quédese aquí,” pero mi necedad es mi norte y mi sur, entre esas mismas púas y las ramas secas de los cactus, las espinas atravesaban la tela impermeable de mi pants y las sentí como alfileres rasgando mi piel. Minutos después balas perdidas impactaron el rostro de uno de ellos y a otro le atravesaron el pecho. Debido a los gritos de dolor inmediatamente llegaron hombres vestidos de particular y remataron a los seis. Sacaron manadas de perros que tenían en vehículos de doble tracción y estos comenzaron a devorar los cuerpos. Yo me había alejado lo suficiente y estaba escondida en una cuneta cubierta por un matorral.

Realmente no hay quien acuse a la Patrulla Fronteriza que está comprobado por testimonios de cientos de migrantes que no sigue los protocolos para detener indocumentados y respetar sus derechos humanos. En las cortes federales se defienden diciendo que los que abrieron fuego primero fueron los indocumentados que siempre y sin el beneficio de la duda son delincuentes que buscan matarlos. La palabra de una persona indocumentada no vale nada.

Esperamos como cuarenta minutos para que se marcharan, llevaban con ellos docenas de indocumentados y las risas se escuchaban en festejo de quien ha tenido una excelente cacería.

Salimos lentamente de los breñales, el cansancio y lo vivido comenzaba a bajarnos la moral, las quejas se hicieron más visibles y varios optaron por desistir y entregarse a las autoridades antes de morir de un balazo en la sien o de hambre. El coyote perdió totalmente el control de la situación, era un niño al que el miedo comenzaba a devorar, teníamos que reaccionar quienes conservábamos la cabeza fría y solo éramos el hombre la biblia y yo, el resto estaba en total conmoción.

Los golpes emocionales me pegan a los días de ocurrido un suceso significativo. Continué en automático con la cabeza fría y eso provoca que personas que no me conocen a profundidad me acusen de ser insensible porque mientras ellas se desploman yo permanezco con la sobriedad de quien tiene todo bajo control, es después cuando me hundo y caído al fondo del abismo. Esa condición me ayudó a pensar en cómo preservar la vida el mayor tiempo posible. Estos capítulos de mi travesía del desierto no son ni por donde pasó relatos ficticios, es lo que viví y me ha llevado diez años poder escribirlo porque finalmente la serenidad ha llegado a mi alma, porque he logrado sacar el veneno que no me dejaba respirar. Porque es necesario que lo que se vive en la frontera salga de la llaga de un recuerdo amargo que llevamos miles en la memoria. Y no, a

mí no me digan: “pobrecita la muchacha lo que vivió,” a mí me miran de frente y directo a los ojos o mejor se apartan de mi camino, que lástimas y misericordias no son de personas cabales.

Ésta serie de relatos es parte de mis memorias, mi bitácora guarda capítulos de mi vida en este deshilar de catarsis de una migrante indocumentada con oficio de mucama. Y no, no hay que alcanzar la fama, el éxito y el triunfo ante los ojos de la sociedad que aplaude a quien está en lo alto de la cima. Para escribir una memoria en la invisibilidad solo es necesario tener arrestos y eso no lo da ni la fama, ni el éxito, ni lo que aparentemente es el triunfo. Ese arrojito es solo privilegio de quienes nacemos con suerte; como las bestias en mi natal Comapa.

Nos alejamos lo más que pudimos del camino real y de los atajos para internarnos de lleno en el desierto intransitable, nuevamente el silencio se apropió de la madrugada, nos era imposible salir del área donde la Patrulla Fronteriza y hombres vestidos de particular nos rastreaban. El hombre con la biblia en la mano me ayudaba a movilizar a la mujer con el tobillo lesionado. Mientras el resto del grupo caminaba con la cabeza baja en total redención y seguro que nos habíamos librado de la migra mi instinto montuno se agudizó y presté atención hasta al menor ruido natural de una noche en el desierto, podía respirar que la migra nos estaba preparando nuevamente una emboscada, la luz de luna me dejaba ver los altos cerros en la lejanía y le conversé al hombre que cargaba la biblia que ésa sería nuestra ruta de escape y teníamos que llegar a ellos si las circunstancias empeoraban. Idea que guardamos la muchacha lesionada, él y yo y solo la pondríamos en práctica si era requerido. Había cerros en el desierto y más tarde comprobé que también barrancos.

Descansamos cinco minutos en una quebrada seca que tenía forma de cuneta y que nos cubría muy bien si permanecíamos sentados, solo contábamos con un galón de agua porque en las carreras dejaron tirados los otros, yo tenía dos litros de suero, la manzana y la galleta. Acomodé la venda en el tobillo de la lesionada y continuamos avanzando, el coyote estaba totalmente norteadado, no tenía la más mínima idea de dónde nos encontrábamos, si íbamos avanzando hacia la carretera más cercana o de regreso hacia Sonora y si él andaba en ésas nosotros estábamos peor.

Nos habíamos alejado una hora de camino de la quebrada cuando nuevamente sucedió la emboscada que yo había respirado en el aire en esta ocasión nuevamente mi necedad nos salvó la vida. Mayor cantidad de motocicletas, hombres vestidos de particular que andaban a caballo,

los pickup con sus perreras, habían interceptado al grupo que nos llevaba escasos trescientos metros de distancia, nuevamente se escucharon los disparos y los gritos suplicando piedad, comenzamos a correr topándonos con ramas de cactus que nos golpeaban el rostro y dejaban las páas como alfileres en ojos, labios...

Yo las sentía calientes en mi rostro cubierto por el gorro pasamontañas.

En instantes nos cercaron y le pedí al grupo que saltáramos hacia el barranco que teníamos a cincuenta metros de distancia, ninguno quería hacerlo pero insistí, corriendo entre las ráfagas de balas y los hombres a caballo que nos seguían y estaban por atraparnos, les grité que era mil veces mejor morir en un barranco a que nos dejáramos atrapar porque ya sabíamos lo que nos esperaba. El hombre de la biblia, la joven lesionada y yo saltamos en caída libre en la profundidad del barranco y atrás iban los otros; comenzamos a rodar en la hondonada, nuestros cuerpos chocaban con cactus y ramas secas, con piedras de río y cuerpos de otros migrantes que ya llevaban días en descomposición.

Llegamos al fondo al intentar moverme me percaté que mi rodilla derecha se había lesionado.

De lo alto nos disparaban los policías y los hombres vestidos de particular, entre las piedras nos cubrimos hasta que nos dieron por muertos. A ninguno del grupo hirieron. A pesar del frío gélido del desierto sudábamos a chorros. No me detuve a pensar en mi rodilla en ese momento porque la urgencia era subir y avanzar antes que amaneciera y se dieran cuenta que estábamos vivos. No había tiempo para quejarse de tunas entrando en la piel de la manos, escalábamos a como diera lugar o nos dejábamos matar al amanecer. Decidimos subir y ponerle el pecho a la esperanza de sobrevivir la frontera. La última emboscada nos estaba esperando.

Capítulo 9

Logramos subir el barranco y nos alejamos del lugar pensamos que atrás se había quedado el tormento de las emboscadas. La frontera no es como la cuentan es por esa razón que se pierden tantas vidas en el intento de llegar a Estados Unidos. No se escucha de policías que disparan a indocumentados cuando ésa es una realidad de todos los días. Pero, ¿quién los acusa? Y peor aún, ¿quién cree en la palabra de un indocumentado? Nadie. Los indocumentados no valemos como seres humanos dentro de esta nación, seremos si acaso la mano de obra barata con la que se benefician millones de anglosajones pero nada más.

Conseguimos avanzar algunos kilómetros y nos encontramos nuevamente con otros grupos que habían logrado escapar de las redadas, estábamos cerca del cerro que habíamos visto y la idea de subirlo me daba vueltas en la cabeza pero el estado físico del grupo lo impedía. Yo había subido volcanes en Guatemala y entrenado en montañas debido a mi profesión de árbitra de fútbol, ese cerro imponente me llamaba. Fue instintivo, desde que lo vi la primera vez supe que sería nuestra puerta de escape.

También la forma de caer en el vacío para amortiguar los golpes la aprendí en la infancia cuando íbamos con mis amigos de expedición a las aldeas vecinas, eran caídas tras caídas entre filos de barrancas; lo importante en un descenso de esa magnitud es tomar inmediatamente la posición fetal y con esto cubrirse las costillas para proteger los órganos internos y con las manos tapar el rostro. También puede ser la otra; la de correr siguiendo las faldas de la ladera aprovechando la velocidad y el impulso pero esto no ayuda cuando el terreno está lleno de obstáculos como lo eran los cactus en la barranca.

Caminábamos lentamente porque ya no había ímpetu por acelerar la retirada, el ánimo del grupo estaba por los suelos y debido a esa lentitud no pudimos salvar la emboscada de la policía montada, motoristas y perreras, esperan el momento preciso para encender las luces; enormes focos que impiden la visibilidad segundos perdidos para nosotros y ganados para ellos, pero como no era la primera vez nuevamente en estampida corrimos, otra vez las balas, los insultos, los golpes con bates, los perros, los hombres vestidos de particular y las violaciones. La joven

lesionada ya no podía continuar la caída le había lastimado aún más el tobillo y la inflamación y el dolor no se lo permitía entonces nos turnamos con el hombre que cargaba la biblia, por ratos se subía en mi espalda y yo la cargaba y en otros lo hacía él. Nadie más quiso colaborar decían que estaban acabados como para ayudar a otros.

El coyote se detuvo y dijo que mejor nos entregáramos antes de que nos mataran, su palabra desmoronó la moral del grupo y una cólera venida de mi carácter del demonio me hizo hervir la sangre. Comenzó a caminar hacia donde estaba la policía y corrí a detenerlo le pegué del regresón, lo tiré al suelo, lo volví a levantar y lo tomé por el cuello de la camisa y lo topé a mi pecho de modo que a escasos centímetros quedó su rostro del mío; mi reacción lo inmovilizó no se esperaba algo así de una mujer, me quité el gorro pasamontañas y lo vi directamente a los ojos y le dije: "¡muy machito para ser coyote, pues demuestra que eres hombrecito! ¡Te vas con nosotros o seré yo la que te reviente la nariz a trompadas! ¡No nos vas a dejar tirados!" Para mí agarrarlo a puñetazos era lo más fácil del mundo crecí rodeada de hombres y trompeándome en peleas callejeras con cuanto crío se me puso el brinco, esa reacción en mí era parte de mi hábitat natural. Comenzó a salir lentamente la Ilka de arrabal.

El tono de mi voz y mi enojo lo hicieron reaccionar y desde ese instante las cosas cambiaron, señalé el cerro y les dije que nuestra única ruta de escape era subirlo aunque con esto nos perdiéramos completamente en el desierto o nos muriéramos intentándolo, era demasiado empinado pero teníamos que hacerlo pronto iba a amanecer y quedaríamos visibles para la migra. El grupo de mujeres inmediatamente se pegó atrás mío, eran los varones los indecisos de seguir a una mujer pero el hombre de la biblia en la mano los convenció cuando se unió al grupo y comenzamos a avanzar. Esto fue cuestión de segundos mientras la migra controlaba a los migrantes de otros grupos que ya tenía en su poder.

Antes de subir el cerro buscamos ramas secas que nos sirvieran de bordones, encontramos una en forma de horqueta que le sirvió de muleta a la muchacha del tobillo golpeado. Nos volvimos a abrazar todos porque la subida no sería fácil al menor resbalón la muerte era segura, no había camino qué seguir nosotros lo hicimos.

El coyote estaba molesto conmigo, era un niño y pronto entendió el porqué de mi reacción, se convirtió en un migrante más, el hombre de la biblia hizo una oración porque era nuestra despedida realmente nuestro último intento por salvarnos de las balas y los golpes, las lágrimas no tardaron en aparecer, -menos las mías-. Tres hombres de otro grupo se habían unido al nuestro en la última redada porque en el que iban habían

agarrado a todos menos a ellos que lograron escapar. Fueron bienvenidos y rápidamente formaron parte del equipo.

Agarrándonos de las ramas de cactus y de piedras comenzamos el ascenso, allende se veían las luces de las motocicletas y las perreras que se movían circularmente, los lamentos eran parte del eco de la madrugada; la alborada comenzó a emerger con sus colores flor de fuego hasta que el sol de anaranjado vivo nos dio los buenos días, íbamos a la mitad del cerro. La deslumbrante hermosura de aquel amanecer visto desde la vertiente de un cerro de desierto ha sido una de las experiencias más gratas en mi vida. Recordarlo ahora llena mis ojos de lágrimas, lágrimas de gratitud. Soy una persona que vive intensamente los instantes así las circunstancias aticen para volverlos lóbregos, no es una premisa que también en lo siniestro hay encanto si se sabe ver con los ojos del corazón. Aquel amanecer fue el resurgir, respirar y comprobar que habíamos sobrevivido a la fatal oscurana.

Llegamos a la cúspide y vimos desde la altura la lindeza de aquel desierto generoso que nos había permitido librar la muerte, decidimos quedarnos ahí hasta el mediodía para descansar, el frío de la mañana dio paso al bochorno de brisa rala y caliente que quemaba la nariz cuando se respiraba. Nos quitamos los zapatos y nos acostamos sobre el suelo frío que entibiaba lentamente yo había perdido el gorro y los guantes en el ascenso, todos pudieron ver mi rostro moreno; xinca y garífuna, que ahí tomaba la forma de un auténtico veracruzano.

Cada tanto pasaban helicópteros y avionetas sobrevolando el área tan cerca de nosotros que el viento y el polvo formaban pequeños remolinos que nos llenaban de brisa caliente. A las dos de la tarde comenzamos a bajar pero de otro lado para no regresar a donde la migra había abatido a tanto indocumentado. Es ese momento la rodilla comenzó a inflamarse y el dolor me hizo llorar, cuando salí del barranco a donde habíamos caído me puse ungüento y eso ayudó a no sentir el dolor pero habían pasado horas y el golpe comenzó a manifestarse fuertemente.

Con todo y la lesión estaba en mejores condiciones que la mujer del tobillo golpeado, no tenía ninguna duda que se lo había quebrado pero no quise decírselo ahí para no angustiarse, le era imposible siquiera topar la punta del pie en el suelo, la seguimos ayudando el hombre de la biblia y yo, el resto ya mucho tenía con sus ampollas en los pies y sus estados de salud, todos hervíamos en fiebre y creo que fue debido a las tantas púas de nopal que se metieron en nuestro cuerpo, por si fuera poco da una comezón en la piel que da ganas de arrancársela.

Cuando el dolor fue imposible de soportar comencé a quedarme rezagada del grupo, realmente no quería hablar con nadie estaba muy irritada por

lo del golpe en mi rodilla y el dolor insoportable que me hizo morderme los labios en más de una ocasión. Desde que mi profesor de cuarto primaria se dio cuenta que no podía expresarme si no a golpes, me dijo que cantara cuando me sintiera sola y con esto conocería mi voz que era la expresión de mi ser interno, he cantado toda mi vida y en ese desierto no hubo excepción; teníamos que guardar silencio y avanzar lo más que pudiéramos pero yo cantaba mentalmente y eso permitía que no pensara en el dolor que me estaba devorando.

A los 19 años tuve una lesión de ligamentos cruzados y menisco tan fuerte que si me operaban era muy probable que no pudiera volver a trotar, con los exámenes el doctor se dio cuenta que mis rodillas por así decirlo tenían más edad que yo, estaban muy desgastadas y a los 19 parecían de una mujer de 40. Tengo 34 y parecen de una mujer de 60 van deteriorándose día a día pero no me importa, nada ni nadie me alejará de la pasión de mi vida.

Él me había prohibido escalar y trotar a velocidad para no desgastarlas más, pero yo no iba a renunciar a mi sueño de ser árbitra internacional y recién empezaba en esa profesión y renunciar al reporte era como suicidarme. La primera de las consecuencias vino en ese desierto y fue una prueba de fuego para mí.

Mi venda la tenía la muchacha y no se la iba a pedir, lo único que tenía era ungüento que ya no hacía efecto con el nivel de inflamación en mi rodilla, busqué una rama más rolliza para sostenerme y utilizarla de apoyo porque la otra pierna ya comenzaba a fatigarse porque sostenía todo mi peso. Descansábamos veinte minutos cada dos horas, el ocaso con sus colores morados, rojos y anaranjados cayó lentamente en aquel descampado y la noche pronto nos iluminó con su fulgor de luna y sus estrellas bajas que se sentaban a descansar en las ramas de los cactus.

A la media noche dejamos de caminar y de dos en dos nos acomodamos en los zarzales buscando los cactus más rollizos, alejados unos cincuenta metros unos de los otros para no ser sorprendidos todos en caso nos encontrara la migra, por lo menos unos se salvarían. Cuatro mujeres nos acostamos juntas porque encontramos una cuneta no pudimos dormir por el frío y yo por el dolor en la rodilla. Cada hora nos cambiábamos de lugar, dos en medio y dos a las orillas para tener un poco de calor y nos abrazamos y nos empiernamos a más no poder.

El amanecer fue un espectáculo sin precedentes una sensación difícil de explicar, la magnitud del esplendor de la naturaleza es sorprendente, nos hizo llorar aquel embeleso en medio de la nada. Solo nos quedaba un litro de suero que era el mío y lo racionamos, un trago en la tapadera de

la botella por cada dos horas de camino así alcanzaba para todos y repartimos la manzana y la galleta.

Era el segundo día en el desierto y los cuerpos sin vida de migrantes que perecieron en el intento estaban expuestos, algunos solamente los huesos y la ropa, otros con días de descomposición; hombres, mujeres y niños. Ninguno tenía pertenencias, muchos tenían perforaciones de balas, lo que indicaba que había sido la migra, grupos delictivos o los famosos - e invisibles para la justicia estadounidense hombres vestidos de particular. ¿En qué averno estábamos metidos?

Capítulo 10

Muchos del grupo vomitaron lo poco de suero que habían bebido cuando vieron los restos en estado de descomposición, a otros les daba por orar, el hombre de la biblia les leía salmos. Habíamos caminado el doble de kilómetros de cuando llegamos a la línea divisoria. Tres del grupo se desmayaron por insolación eso nos obligó a descansar más tiempo hasta que se recuperaran. Algunos querían quedarse ahí porque ya se daban por muertos y como sucede siempre y en todos los tiempos habidos y por haber somos las mujeres las encargadas de subir la moral a los hombres fornidos que en la adversidad el espíritu se les quiebra; nosotras que de sexo débil no tenemos ni la sombra.

Por momentos nos subíamos a la muchacha en la espalda y en otros caminaba con la ayuda de su muleta.

No podíamos ver más allá de doscientos metros porque íbamos en terreno plano pero cerrada la visibilidad por plantas de cactus, finalmente se empezó a escuchar el sonido de automóviles sin lugar a duda estábamos cerca de una carretera.

La encontramos y de uno en uno la cruzamos y nos internamos lo más pronto posible en el zarzal, kilómetros adelante estaba otra y fue la misma técnica.

Nos tocó subir una especie de loma que no era tan alta pero desde su cúspide pudimos ver en la lejanía altas torres de cableado eléctrico lo que indicaba que estábamos cerca de un poblado, la alegría nos animó y avanzamos, yo tocaba mi rodilla y le decía al dolor que no me iba a vencer aunque me hiciera llorar desconsoladamente y todo el tiempo caminé rezagada del grupo a unos cien metros. Y nadie se atrevió a decirme una sola palabra, creo que la expresión en mi rostro y mi enojo lo decían todo.

Nos sentamos a descansar y el crepúsculo comenzó a llenar de colores el cielo desnudo. Distráidos en la ilusión de estar cerca de la salida nos sorprendió un nativo americano que iba en su caballo, no fue para nada un delirio de desierto, era un nativo americano que nos vio y siguió su

camino sin detenerse pero tampoco sin inquietarse. Estábamos en unareserva. Pasamos ahí la noche y al amanecer continuamos el viaje. Ya era el tercer día. No podíamos salir a la carretera en grupo y pedir ayuda porque lo primero que harían sería llamar a la policía y entregarnos y no habíamos arriesgado la vida para eso. El coyote cargaba un teléfono celular pero hasta el momento no había logrado señal. Él tenía que decir en dónde estábamos para que nos llegaran a buscar los de la casa bodega.

Pasados los años comencé a investigar y a buscar en mapas y pude confirmar que desde que bajamos el cerro estuvimos caminando en reservas forestales y parques protegidos. Nuestro camino al principio debió conducirnos hacia Douglas pero en la extraviada fuimos a dar cerca de Tucson.

El camino se hizo más escarpado y loma tras loma fuimos subiendo y bajando, así se nos fue el día hasta que al atardecer el coyote logró señal y las indicaciones fueron que teníamos que llegar a cierta autopista para que nos llegaran a recoger, estábamos a cinco horas de camino.

Dejamos las mochilas tiradas y por órdenes de la gente de la casa-bodega solo podíamos llevar puesta la mudada de ropa, nada de suéteres dobles ni mochilas, ahí tiramos todo pero yo mantuve en la bolsa de mi pants el recipiente con Listerine y el de talcos.

Entre mis manías están la de enjuagarme la boca con antiséptico bucal mínimo tres veces al día, me encanta esa sensación de frescura y si no lo hago me siento incómoda y también la de utilizar talcos para los pies porque detesto cuando andan pegajosos, ya sé que en el desierto fue una extravagancia pero así sucedió y es motivo de bromas por parte de mis familiares y amigos cercanos que supieron de esta fumada. ¿A quién más se le pudo haber ocurrido algo así? A nadie solo a mí. Si lo de sui géneris no es por gusto.

La última loma que subimos nos mostró el poblado cercano con sus luces encendidas, ese momento y aquella sensación los reviví años después cuando vi la película *El Norte*, le lloré cada escena.

A las diez de la noche llegamos al lugar indicado y tres carros llegaron rechinando llantas y se detuvieron sin apagar el motor, salimos corriendo del desierto y nos lanzamos dentro de éstos. Las indicaciones fueron similares al modo de operación de la organización de Agua Prieta cuando subimos a los taxis. Por ser la más rolliza me tocó en el suelo y tres más se acostaron sobre mí, nadie se sentó en el sillón de atrás; junto al piloto iban dos, una sentaba en el sillón y la otra acurrucada a sus pies. Las

otras iban en la cajuela. Los hombres con la misma técnica se repartieron en los otros dos carros. Los tres automóviles sedan de año reciente. Rechinando llanta se alejaron del desierto para tomar la autopista rumbo a Phoenix.

En el camino el coyote nos amenazó con una pistola y nos dijo que no nos moviéramos porque la migra no siempre andaba uniformada y si veían un carro sospechoso con varios tripulantes lo detenía y eso no nos podía pasar a nosotros. La misma amenaza nos hizo que si nos descubrían y decíamos que él era el coyote nos iba a matar ahí mismo y después él se pagaría un tiro. No vimos el camino porque estábamos acostadas boca abajo. Horas después llegamos a la ciudad de Phoenix y pudimos salir del automóvil hasta cuando ya estábamos adentro de un estacionamiento cerrado de una mansión, era la casa-bodega donde nos encontramos con otras docenas de migrantes que esperaban para ser trasladados hacia los distintos Estados donde estaban sus familiares.

Nos abrazamos todos los del grupo cuando nos vimos cabales, habíamos logrado sobrevivir la frontera. Un joven de unos veinte años de edad salió de una habitación con un niño de unos seis tomado de la mano, el crío corrió desesperadamente y se lanzó con todo sobre la joven del tobillo lesionado llamándola, ¡mamá! La escena me dejó sin respiración y más cuando ella lo abrazó conmovida y se lo comía a besos, pronto se puso de pie, se levantó la blusa y comenzó a quitarse una faja que dejó ver su embarazo, nunca nos dijo que estaba embarazada, verla con la faja en las manos me sorprendió y su estómago de cinco meses mucho más; no pude con el asombro y me desmoroné por completo abrazada a su estómago me dio por llorar a mares besando su panza.

Todos los dolores se me quitaron cuando sentí su bebé moverse en su vientre. También era un sobreviviente, ella me abrazó con tal fuerza que siento todavía su piel junto a la mía. Se hincó y quiso besarme las manos pero le pegué la maltratada de su vida le dije que mi obligación era sacarlas con vida del desierto, por algo habían decidido irse conmigo en el grupo de varones y nos las podía defraudar, tenía que demostrarles que lo de la suerte era cierto. Se los dije con una sonrisa desbordando en ternura. En ese momento todas me abrazaron y lloramos juntas.

Después de la cena comenzaron a llamar a los familiares para realizar la entrega no sin antes cobrar el dinero de la extorsión. El secuestro también es parte de la frontera.

Capítulo 11

“Te vamos a entregar pero si algo sale mal te matamos”, me dijo el coyote apuntándome con una pistola en la sien.

Estábamos en la casa-bodega, su organización había pedido a mi hermana dos mil dólares más del pago acordado y le dieron un día para conseguirlo de lo contrario le dijeron que me iban a violar y a matar y que jamás encontraría mi cuerpo porque se lo comerían las aves de rapiña en algún lugar del desierto a donde lo iban a ir a tirar.

No fui la única a la que extorsionaron, ciertamente sucedió con todos, ya estando en la casa dieron por llamar a los familiares de los migrantes y pidieron dos mil dólares más por el rescate, cuando el migrante se oponía entonces subían el cobro hasta cinco mil, algunos habían hecho trato de cinco mil dólares por la cruzada, otros de tres mil, ocho mil, siete mil, todo dependía del Estado de México del cual provenían y en los casos internacionales, del país. Sube la cantidad dependiendo la lejanía del país, una persona guatemalteca paga más que una mexicana y una salvadoreña mucho más que la guatemalteca y así sucesivamente, las personas del Sur pagan cantidades exorbitantes.

También si es la misma organización la que los cruza desde la frontera de Tapachula hasta Estados Unidos o solo la frontera entre México y Estados Unidos. Si son menores de edad cobran más.

Me despedí de los que quedaban de mi grupo con el que crucé el desierto, ya habían llegado otros, todos los días a la media noche llegaban más y más. Todos los días en las mañanas salían a entregar a las personas en el intercambio de recibir el dinero restante.

La casa que cuando salimos la pude ver por fuera porque cuando llegué iba boca abajo tirada en el suelo de un carro sedan junto a otras nuevas mujeres, una casa ubicada en sector residencial con estacionamiento como para ocho vehículos, grandes jardines que no vi desde adentro porque las ventanas las tenían tapadas con pedazos de madera, de tres niveles con dos áticos. Adentro no habíamos menos de cien personas todos los días.

Me subí al carro de doble tracción, un coyote se sentó junto a mí y puso su pistola en mi costado y así todo el trayecto hacia el centro comercial donde se realizaría la entrega.

No me bajaría del carro hasta que ellos tuvieran el dinero en sus manos y cuidadito de hacer algo indebido como gritar y pedir ayuda porque para eso iba el coyote con la pistola en mi costado, para disparar sin contemplaciones.

Así nos fuimos todo el camino después de aproximadamente cuarenta minutos llegamos al estacionamiento del centro comercial, ahí estaría otro coyote que sería quien pagaría el dinero del rescate y quien me engancharía con otro coyote más de otra organización para que me llevara de Arizona a Illinois.

En total desde Guatemala hasta Illinois, pasé por 6 coyotes de cinco organizaciones distintas. La primera que me recibió en el aeropuerto de la ciudad de México fue mujer y con ella viajé en avión hasta Hermosillo, Sonora y en taxi hasta Agua Prieta, donde me entregó al otro coyote y se regresó a la ciudad de México.

En el centro comercial se acercó el coyote ex esposo de la coyota que me recibió en México y que trabajaba en distinta organización que ella, me preguntó cómo estaba y le contesté que bien, le entregó el dinero al conductor y bajé del vehículo, me subí a su carro y ambos conductores tomaron diferentes caminos.

Me lleva a almorzar y a comprar una mudada de ropa porque la que tengo puesta está llena de tunas de nopal. Me compra una hamburguesa que pide por el autoservicio y entramos lo más rápido posible al centro comercial jalo una mudada solo por la talla sin fijarme en detalles menores, salimos y vamos a su casa que es de las que tienen forma de furgón de tráiler, es una colonia de "casas tráilas", ahí quita llave a la puerta y me encuentro con otro grupo de migrantes que encerrados y que esperan quien los lleve a los diferentes Estados donde los están esperando sus familiares. El trabajo de este coyote es negociar con las organizaciones que los cruzan y él se encarga por cuenta propia de ir a dejarlos a los distintos Estados, en este viaje me explica que yo le quedo fuera del camino porque las entregas las hará en el lado opuesto al que voy yo por esa razón contactó a otro coyote que ya lleva gente pero que hizo un espacio en su vehículo para mí, "te irás en una caravan".

Quienes están dentro de la casa tienen cadenas en las manos y en los pies me dice que es para que no traten de escapar y los agarre la migra,

que es por el bien de ellos nada más que lo hace porque la gente llega asustada y comete errores grandes.

Espero en su casa hasta las cinco de la tarde que llega el otro coyote con su caravan que para mi sorpresa no es de modelo reciente como el automóvil suyo, ni como los carros de los coyotes de la casa en donde estuve en Phoenix, este coyote tiene su casa en el poblado de Douglas que colinda justo con Agua Prieta, me explica que tiene que ser un carro con esa apariencia y modelo porque nos iremos por caminos de fincas y ese tipo de vehículos son los que transitan por allá.

Me despidió de él con una gaseosa en el estómago y una hamburguesa, con mi mudada nueva puesta y la vieja guardada en una bolsa de nailon, el coyote abre la puerta de su caravan y veo dentro una retahíla de hombres tirados en el suelo boca arriba, la camioneta solo tiene los dos sillones de adelante, le quitaron los otros para que cupieran los migrantes, atrás pusieron un sillón suelto para que me sentara yo que soy la única mujer de los indocumentados, el coyote va acompañado de su esposa y de su hija de meses de edad.

Lleva el radio a todo volumen, atrás lleva cuatro bocinas parecidas a las de iglesia evangélica en culto de fin de semana, la música de banda y duranguense es su favorita y nos toca aguantar las bocinas ronroneando justo en nuestro tímpanos.

Cuento 19 hombres y conmigo hacemos 20 indocumentados. Adelante va el coyote de aproximadamente cuarenta años de edad y su esposa que dijo que tenía 16 y la niña de cuatro meses de nacida. Ambos mexicanos y orgullosos de tener una hija estadounidense. Para nuestra sorpresa el coyote nos dice que ni él ni su esposa tienen documentos. Llevan un mapa de papel del tamaño de una cartulina que su esposa va leyendo porque él no entiende inglés, ni lo habla, ni lo escribe, ni lo lee.

El viaje dura tres días en los que cruzamos: Nuevo México, Colorado, Kansas, Nebraska, Iowa, Wisconsin y finalmente llegamos a Illinois.

Tres días sin comer ni beber nada porque el coyote dijo que si comíamos tendríamos que ir al baño y eso era arriesgarnos demasiado. Él y su esposa y por supuesto la bebé sí hacían los tres tiempos, paraban en las áreas de descanso y regresaban con comida que en camino devoraban.

Efectivamente como lo había dicho condujo en caminos alejados de las carreteras principales y de las autopistas, entre pueblos y campiñas donde abundaban las fincas, nunca se separó el tren carguero que atravesaba sembradillos de soya, maíz y frijol. Grandes fincas llenas de ganado, enormes graneros pintados de corinto. Nos turnábamos con los

compañeros migrantes, una hora cada uno sentados en el sillón hasta que pasábamos los veinte y otra vez a iniciar la ronda. Cuando me tocaba en el suelo nos empiernábamos todos porque el frío era insoportable y nadie tenía suéter. No podíamos dormir tampoco porque las bocinas estaban a todo volumen. Al segundo día los hombres pidieron orinar y él no lo permitió lo que hizo fue darles las latas vacías de gaseosas y que orinaran ahí y que cada quien cuidara su lata. A mí me había alertado el coyote de la “casa tráila” me dijo que no iban a parar en el camino y que fuera al baño antes de salir.

Todos iban a para Atlanta Georgia a trabajar en los campos de cultivo, el más jovencito del grupo tenía 23 –mi edad- y el mayor sesenta. Me dolió tanto cuando vi al de sesenta, sus ojos azules, rubio, su mirada cansada, hubiera jurado que era chiquimulteco, hablaba con acento de Ipala, pero no quise importunarlo si él había dicho que era mexicano era por algo.

Me dijeron que era la primera vez que emigraban, todos afirmaron ser mexicanos. Todos eran campesinos. La mirada de un hombre campesino es tan deslumbrante porque es transparente es muy distinta a la de un hombre de ciudad. La mirada de un campesino tiene auroras y ríos y chozas y sembradillos y tapiscas. Si es jornalero tiene en su espalda la saña del patrón. La de un hombre de ciudad es más compleja, hay letras y números y títulos y etiquetas.

Entraron en confianza conmigo y me dijeron que sentían como si hubiera crecido con ellos en sus pueblos, cada uno comenzó a contar de su vida y de sus querencias y de sus dolores y de sus vacíos, todos iban a buscar comida a Estados Unidos. Habían decidido dejar de ser mozos en sus pueblos natales para serlo en Estados Unidos pero ganando mucho más dinero que la miseria que les pagaban los ricos de su país.

Dormirían en galeras y el sueldo de los primeros seis meses lo tenían ya empeñado con el coyote que conducía la camioneta, esa cantidad les cobró por el viaje desde Arizona a Atlanta. Realmente yo también estaba fuera de la ruta pero por amistad con el coyote de la “casa tráila” que fue quien le enseñó el negocio de “entregar indocumentados” le hizo el favor de llevarme. Así me dijo al segundo día cuando transitábamos en Colorado. También me dijo que no tenía planta de ser mexicana de Morelos, sino caribeña o tal vez veracruzana.

Desde que me recibió la coyota en la ciudad de México el acuerdo fue hacerme pasar por mexicana para evitar que si me deportaban me enviaran a Guatemala, sería más fácil intentarlo nuevamente si me regresaban a México, por esa razón aprendí a hablar como mexicana de Veracruz y de Guerrero el acento se parecía más al mío como

guatemalteca, también estudié la geografía del país, algo de historia y sobre todo los nombres de los gobernantes, información que fue vital en las siete veces que nos detuvo la Policía Federal en territorio mexicano, si pasé la prueba con ellos seguro no sería tan difícil si me detenía la Patrulla Fronteriza en territorio estadounidense. Así es que fui mexicana desde la ciudad de México hasta Illinois cuando se realizó la entrega pero esta vez en brazos de mi hermana.

Al tercer día pidieron orinar de nuevo y el coyote no se pudo negar porque le comenzaron a reclamar de la comida y tuvo que comprar unas bolsas de golosinas y nos entregó una a cada uno y una gaseosa y nos dijo que era la primera y última vez que se detenía para que fuéramos al baño, se metió en un zacatal de una finca y nos dio dos minutos para orinar. Yo no comí las golosinas ni probé la gaseosa realmente tenía hambre pero ellos iban más lejos y a mí me quedaban horas para llegar a Illinois, de algo les serviría en el camino.

Entrando a Iowa vimos el deslumbrante río Mississippi, no teníamos autorización de asomar la cabeza por las ventanas porque no estaban poralizadas y ver tal cantidad de gente podía levantar sospechas y cualquiera podía avisar a la policía o peor aún la policía misma nos podía detener, pero el río era realmente hermoso que fue imposible para el coyote evitar que nos hincáramos y pudiéramos nos asomáramos.

En Nebraska vi por primera vez la nieve que caía sobre los rollos de heno en los terrenos lejanos de las fincas donde también nos acompañaba el tren carguero que atravesaba Estados. Vi una cantidad de manada de venados caminando libremente entre veredas, reservas forestales y fincas sin que nadie los molestara.

A la una de la mañana del once de noviembre de 2003 frente a una gasolinera en el Estado de Illinois se realizó la entrega. Mientras la caravana se acercaba vi a mi tío y a su esposa que no veía desde que tenía 10 años de edad, junto a ellos estaba mi hermana, esperaban fuera de la camioneta mientras se estacionaba nos dimos un abrazo todos, hincados para sentirnos los cuerpos y las almas. A ellos les quedaba un día y medio de camino para llegar a Georgia.

Aquella madrugaba fría nevaba, se anunciaba el invierno estadounidense, mi hermana corrió a abrazarme y a registrarme por todos lados para ver si estaba entera, lloraba en una mezcla de alegría y angustia.

Yo salí de ese desierto peleada con la vida y el proceso de mi reconciliación con ella me ha llevado años, ya no soy la misma que salió de Guatemala y jamás volveré a serlo porque la frontera roba mucho, va

secando el alma poco a poco, la alegría la convierte en veneno que consume todo deseo de subsistencia. No hay sueños, ninguna ilusión por el mañana; somos los migrantes clandestinos espectros de una vida que ya fue. Y quien se atreva a negarlo es porque la frontera también le robó los arrestos.

Sin embargo lo poco que me ha quedado ha comenzado a florecer y es ahí cuando una se da cuenta que solo con el instante de ver un botón convertirse en flor la vida vale la pena lucharla.

A diez años de aquella travesía he comprobado una vez más que lo que es para vos aunque te quités y lo que no aunque te pongás. Mi destino no era morir en aquellos desiertos, ni tampoco ser árbitra internacional, era indudablemente convertirme en escritora fuera de mi país de origen para contarle al mundo lo que es la frontera, para darle voz a los miles de indocumentados invisibles. Ésa es mi misión en la vida y la vine a encontrar lejos del amado terruño que me vio nacer en lluvia torrencial de agosto.

La vida realmente me preparó físicamente en mi infancia creciendo con varones, yendo a barrancos, subiendo montañas, trabajando en fincas de fresas, cargando hieleras con helados a lo largo de kilómetros bajo el sol del mediodía, para que conociera de cerca la adversidad y no le tuviera miedo. No, no era para viajar por el mundo entero visitando estadios y dirigiendo juegos internacionales que yo entrené durante años con cuatrocientos hombres siendo la única mujer del grupo; ahí se estaba forjando mi carácter y mi ímpetu indomable. Ahí estaba conociendo el cansancio físico y mental que me serviría para cruzar las fronteras de la muerte.

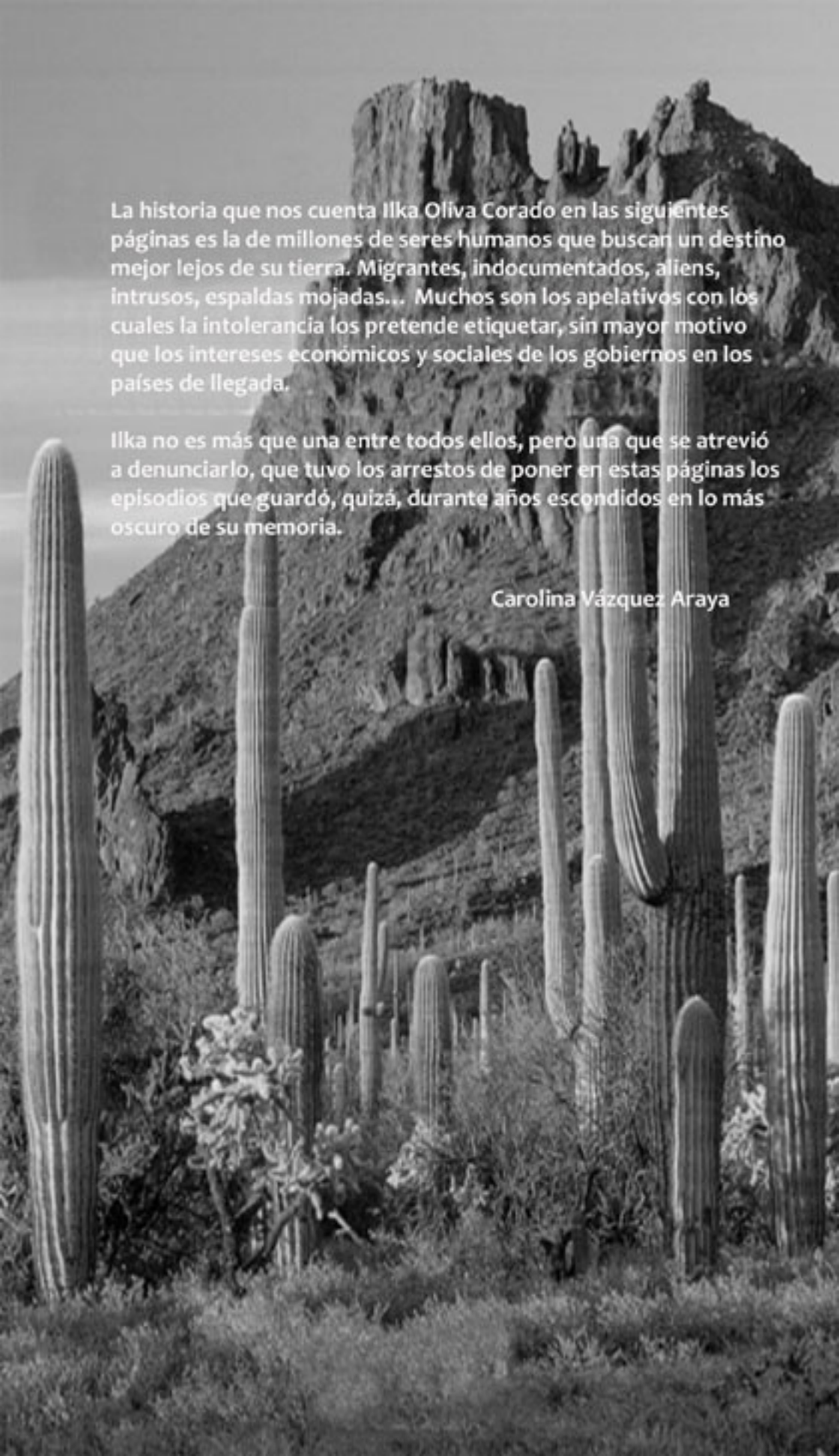
No, yo no aprendí a leer y a escribir para hacerme maestra ni para egresar de la universidad, yo aprendí a leer y a escribir para relatar lo que muchos ven y fingen desconocer, lo que es real y se traga las vidas de miles, yo aprendí a leer y a escribir para darle vida a los desaparecidos sin identidad que murieron en el intento de lo que yo pude lograr.

Y aquí estoy indocumentada laborando los mil usos, sin afán de ningún tipo de gloria, sin ningún privilegio, soy una de los millones que viven en las sombras de la clandestinidad en este país que tiene la insolencia de auto proclamarse el más rico del mundo.

No sé lo que me tenga preparado el azar, no sé si moriré lejos de mi país de origen, si regrese por mi propio pie o si un día no muy lejano mi

retorno sea en una deportación. De ser así regresaré como he vivido siempre: con mi frente en alto porque no le he robado a nadie.

De lo que sí estoy segura en absoluto es que soy una Chilipuca que nació con suerte.



La historia que nos cuenta Ilka Oliva Corado en las siguientes páginas es la de millones de seres humanos que buscan un destino mejor lejos de su tierra. Migrantes, indocumentados, aliens, intrusos, espaldas mojadas... Muchos son los apelativos con los cuales la intolerancia los pretende etiquetar, sin mayor motivo que los intereses económicos y sociales de los gobiernos en los países de llegada.

Ilka no es más que una entre todos ellos, pero una que se atrevió a denunciarlo, que tuvo los arrestos de poner en estas páginas los episodios que guardó, quizá, durante años escondidos en lo más oscuro de su memoria.

Carolina Vázquez Araya